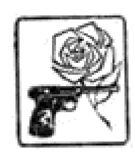

ARCHIVO SECRETO
Brigitte
EN ACCION
mil
muertes
en tu
conciencia
Lou
Carrigan
SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

MIL MUERTES EN TU CONCIENCIA

LOU CARRIGAN

Colección ARCHIVO SECRETO n.° 250
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



BRUGUERA

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:
140 — Tempestad en un vaso de agua.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
396 — Rural contra rural.
En Colección ARCHIVO SECRETO:
249 — La espía más vieja del mundo.
En Colección BUFALO SERIE AZUL:
326 — El último camino.
En Colección PUNTO ROJO:
849 — Cantos de sirenas.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.461 — Vivir eternamente.

ISBN 84-02-04953-2
Depósito legal: B. 22.058 — 1978
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: agosto, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

—PUES a mí —dijo Frank Minello—, lo que más me ha gustado de la reina Sofía de España es que tiene cara de persona asequible.

—¿Qué quiere decir? —le miró, sorprendido, Charles Alan Pitzer.

—Pues quiero decir, buitre comedor de carroña, que es una persona con una expresión tal que te hace comprender que puedes acercarte a hablar con ella. Es decir, todo lo contrario de usted.

—Bueno —bufó Pitzer—, si empezamos así, me marcho. Me pareció que habíamos hecho el acuerdo de no discutir, en beneficio de nuestra anfitriona.

Brigitte Montfort, la bellísima periodista mundialmente conocida, que yacía lánguidamente tumbada en el sofá, y que iba mirando dé uno a otro hombre, hizo un elegante y gracioso gesto con una manita, como quitando importancia al asunto.

—Ya estoy acostumbrada a sus discusiones, queridos. Por mí, no se preocupen… siempre y cuando conserven los buenos modales, naturalmente.

—¡Eso es hablar! —aulló Minello—. Y lo demás es emitir sonidos repugnantes. Pero dime la verdad, reina de mis amores. Tú, ¿de parte de quién estás, del buitre comedor de carroña o mía?

—Si te refieres a la expresión de la reina Sofía —casi rió la divina espía internacional—, estoy de tu parte. Pero supongo que tío Charlie no ha tenido mucho tiempo que dedicar a estas cuestiones.

—¿Por qué no? A fin de cuentas, él la ha visto tan bien como la he visto yo.

—Por supuesto que sí —acabó por reír Brigitte Montfort, alias *Baby*, la espía más peligrosa del mundo—. Pero tú no tienes en cuenta que tío Charlie ha tenido que estar pendiente de la organización de la vigilancia de seguridad en torno a los reyes de España. Mientras que tú, simplemente, te has limitado a tomar fotografías.

—¡Simplemente! —protestó Frank Minello, el adorador eterno y mejor amigo de Brigitte—. ¿Qué quieres decir con eso? Tanto tú como yo hemos realizado el mejor reportaje de nuestras vidas.

—Bueno, yo no diría tanto, Frankie —reflexionó unos instantes Brigitte—. A fin de cuentas, en este reportaje no ha habido peligro alguno. Cuando menos, aparente. En cambio, cuando fuimos a hacer el

reportaje sobre la marcha negra, fue más dificultoso en todos los aspectos.

—¡Ah! Eso sí —aceptó inmediatamente Minello—. Pero una cosa nada tiene que ver con la otra. Yo sigo diciendo que hemos hecho un reportaje estupendo.

—Por supuesto que sí, querido —le sonrió Brigitte—. Y voy a decirte otra cosa. A ti te ha gustado mucho la reina Sofía, ¿no es así? Pues bien: a mí me ha gustado el rey don Juan Carlos I.

—¿Qué quieres decir con eso de que te ha gustado? —la miró con el ceño fruncido Minello.

—Quiero decir que me parece todo un hombretón. ¡Tan alto, tan rubio, con esos modales tan pausados! Yo lo he encontrado bastante interesante. ¿Qué opinas tú al respecto?

—Hombre, bueno… Considerando que yo creía que todos los españoles eran así de bajitos, morenos y gordos, pues francamente, todo lo que se me ocurre decir del rey de España es que todo un tipazo.

—Desde luego, ustedes sí que se lo han pasado bien —refunfuñó Charlie Pitzer—. Tomando fotografías y haciendo entrevistas a los reyes de España, mientras yo tenía que controlar toda una red de agentes para salvaguardar las reales personas que nos han visitado. Pero, en fin, todo ha terminado bien. Los reyes de España han vuelto a su país, y aquí no ha pasado nada.

—Naturalmente —le miró con malicia Minello, tras guiñarle un ojo a Brigitte—, no ha pasado nada, debido a su expertísima vigilancia, buitre carroñero.

—Escuche, Minello, me tiene usted hasta las narices. De modo que si vuelve a decir una sola vez que soy un buitre carroñero…

—¿Qué tal si tomásemos una copita de champaña Perignon 55 con guinda, caballeros?

—cortó magistralmente Brigitte.

—Además de ser la tía más buena del mundo, eres inteligente —exclamó Minello.

—Frankie, por favor, ya sabes que no me gustan las vulgaridades. Si acaso quieres elogiarme, puedes decir que soy… la joven más exquisitamente dotada de cualidades físicas y mentales que pueda existir en el universo mundo.

—¡Zambomba! Lo que yo decía antes. ¡Esto sí que es hablar, madre mía!

—Lo mismo digo —asintió Pitzer—. En cambio, otras personas, por llamarlas de alguna manera, más que hablar, rebuznan.

—¡Oiga, tío calvo…!

—Bueno, bueno, ya basta —suplicó Brigitte—. O tomamos el champaña tranquilamente, o se van ustedes, a fin de que yo pueda

degustarlo tal como a mí me gustan. En paz y tranquilidad.

Pitzer y Minello cambiaron una mirada, y se quedaron quietos y en silencio. Era facilísimo comprender que estaban dispuestos a aceptar cualquier condición, que les permitiera continuar en compañía de la persona que más amaban y admiraban en el mundo.

Por su parte, comprendiendo que, a partir de aquel momento, iban a ser decididamente unos buenos chicos, Brigitte oprimió el botón de llamada al servicio. A los pocos segundos apareció en el magnífico salón del apartamento de la espía, la rubita y pecosa Peggy, ama de llaves y único servicio de que disponía Brigitte en el apartamento sito en el Cristal Building de la Quinta avenida neoyorquina.

—¿Diga, señorita? —se ofreció Peggy, siempre sonriente.

—¿Quieres traernos unas copitas de champaña, por favor querida? —pidió Brigitte—.

Naturalmente, del que esté más frío.

—Sí, señorita.

Peggy se volvió, dispuesta a ir a buscar lo pedido. En aquel momento sonó, lejano, el carillón de la puerta del apartamento, y la muchacha se volvió, mirando, expectante, a Brigitte.

Esta señaló hacia la otra puerta que comunicaba con el pasillo y vestíbulo del apartamento.

—Ve primero a ver quién es. Quizá sea alguien que merezca compartir con nosotros nuestro champaña.

—Sí, señorita.

Peggy fue a abrir. Regresó a los pocos segundos, mostrando una expresión preocupada.

—No le conozco, señorita. Lo he visto por la mirilla, y desde luego, no ha estado nunca antes aquí. Es un hombrecillo pequeño y moreno, de ojos muy grandes y oscuros.

Brigitte asintió con la cabeza, y se puso en pie, observada atentamente, casi preocupadamente, por Pitzer y Minello. Todos sabían que no era ni mucho menos la primera vez que la espía internacional sufría ataques en su propio apartamento.

—Yo iré a abrir —dijo Brigitte; y alzó rápidamente las manos con un gesto defensivo—, Pero no se preocupen, tendré todo el cuidado debido. Es muy fácil preguntar por el comunicador exterior el nombre del visitante, y, si no me convence, le diré que no estoy.

—¿Cómo vas a decirle que no estás, si estarás hablando con él? —se pasmó Minello.

—¡Oh, Frankie, a veces pareces realmente tonto! —exclamó Brigitte.

Abandonó el salón, cerrando la doble puerta de— cristales color whisky, que lo separaba de la zona de pasillo y de recibo. Durante unos segundos, reinó el silencio en el salón, Minello, Pitzer y Peggy se

miraban unos a otros, y luego, como queriendo disimular su preocupación, se ponían a admirar algún cuadro o algún objeto de arte de los que decoraban, con indiscutible distinción y buen gusto, el gran salón con terraza a la Quinta Avenida y vistas al Central Park.

Pero no había de qué preocuparse. Al menos, por el momento.

La doble puerta volvió a abrirse, y Brigitte reapareció, esta vez precediendo, efectivamente, a un hombrecillo regordito, de grandes ojos oscuros, pelo muy rizado, y cuya estatura le permitía apenas llegar a la nariz de la bellísima periodista.

—Salvo que este señor sea listísimo, y haya sido capaz de engañar a la agente Baby — entró diciendo Brigitte, muy sonriente—, no debemos temer nada de él. ¿Verdad, señor Baena?

—Verdad, señorita Montfort —sonrió simpáticamente el hombrecillo —. Como le he dicho, y puede comprobarlo a su gusto, me envía el presidente de San Nataniel.

—¡Zambomba! —exclamó Minello—. Habrá que ponerse en pie.

—Deberías ponerte en pie si el que nos visitase fuese el presidente de San Nataniel — dijo Brigitte—. Pero me parece que el señor Cirilo Baena… ¿Verdad que ha dicho usted Ci— rilo Baena?

—Si… sí, señorita, en efecto.

—Bien. Pues como decía, Frankie, me parece que el señor Cirilo Baena no tiene ningún cargo por el que nadie deba ponerse en pie. Simplemente, es un espía.

—¡Lagarto, lagarto! —exclamó, Minello, cruzando los dedos.

Pitzer le dirigió una furibunda mirada, y luego miró con más atención al llamado Baena, cuyo aspecto no podía ser, en verdad, más inofensivo. Pero a fin de cuentas la peligrosidad de un espía no se mide, precisamente, por su aspecto.

Brigitte, que se dio cuenta del rápido examen efectuado por Pitzer, sonrió. Era lógico que Pitzer, como jefe del sector Nueva York de la CIA, lo que le convertía en jefe directo e inmediato de ella, se interesase por una visita profesional.

Naturalmente, se dirigió a él:

—Usted sabe, tío Charlie, que cuando estamos hablando del presidente de San Nataniel, nos referimos a mi amigo Nathan, ese fabuloso espía al que conocí hace algunos años en Capri.

—Sí… claro.

—Bueno… como Nathan es para mí un querido amigo, y el señor Baena es amigo de Nathan, y puesto que estábamos hablando de reyes españoles, vamos a utilizar aquel refrán español que dice «los amigos de mis amigos son mis amigos». Y por lo tanto, como el señor Baena es amigo de mi amigo Nathan, es amigo mío. Y como es amigo mío, le vamos a convidar a Perignon con guindas. ¿Está usted dispuesto a

degustar una copita del mejor champaña del mundo, señor Baena?

—Naturalmente —se iluminaron los ojillos del pequeño Cirilo Baena.

Brigitte lanzó una carcajada tan deliciosa, que dejó al hombre estupefacto. Peggy hizo lo posible por contener una risita, y salió rápidamente del salón, sabiendo ya que debía regresar con servicio para cuatro. Mientras tanto, sonriendo, Brigitte tomó del brazo a Cirilo Baena y lo llevó hasta el sofá, donde lo sentó y se acomodó a su lado. Se quedó mirándolo socarronamente mientras Baena, no poco pasmado, contemplaba el lujo elegante y discreto que le rodeaba.

—Y bien, señor Baena, ¿qué le trae a usted por Nueva York?

—¿Eh?

—Digo que…

—¡Ah, sí! Bu-bueno… Pues me envía el señor presidente. Me dijo que viniese a Nueva York, al Cristal Building, a traerle un recado a la señorita Montfort. Y me aseguró que era una terrible espía, que había ayudado en un par de ocasiones a nuestro país, motivo por el cual, si me necesitaba para algo, debía ponerme a su entera disposición hasta la muerte.

—¡Zambomba! —exclamó, una vez más, Minello en aquella jornada—. ¡Este hombrecillo también sabe hablar lo suyo, Brigitte!

—Parece ser que sí —rió la divina—. Por lo menos, el señor Baena sabe presentarse estupendamente. Oigamos ahora qué recado nos trae de parte de nuestro buen amigo Nathan.

—Traigo un sobre para usted —dijo Baena—. Un sobre que tenía que haberme comido, si en cualquier momento me parecía que podía caer en otras manos.

—Pues, según parece, se ha ahorrado usted una buena indigestión —sonrió Brigitte, tendiendo una mano hacia Baena.

Este sacó un sobre del bolsillo, y lo tendió a la espía. Brigitte miró el anverso del sobre, pero, tal como suponía, no había nada escrito. Pidió permiso, con un susurro, y abrió el sobre, extrayendo de él una simple cuartilla doblada por la mitad.

Lo escrito en la cuartilla, en español y a máquina, era lo siguiente:

> «Querida:
>
> »Te envió al buen amigo Cirilo Baena, en el que puedes confiar absolutamente. El motivo de este contacto es solicitar de ti un favor que estoy seguro vas a concederme.
>
> »Espero que hayas oído hablar de cierto científico energético llamado Olaf Olaffsen, del cual hace algo más de dos años se dijo que había desaparecido. Y, en efecto, durante ese tiempo no se ha sabido de su paradero… Es

decir, no lo ha sabido casi nadie en el mundo. Yo sí lo he sabido, porque durante ese tiempo Olaf Olaffsen ha estado trabajando en San Nataniel.

»Bueno, supongo que ha estado trabajando, porque un hombre como él no es capaz de permanecer inactivo. Durante este tiempo, de todos modos, y pese a mis esfuerzos e indagaciones, no he podido saber en qué estaba trabajando Olaf Olaffsen.

»Ahora todo lo que sé de él es que ha estado prácticamente recluido en un pequeño chalé cercano a la ciudad de San Nataniel, con su esposa, una bella joven que muy raramente ha visitado la ciudad, y casi siempre para comprar cosas de las que, parece ser, una mujer no puede prescindir. Volviendo a Olaf Olaffsen, como te digo, ignoro qué clase de trabajo ha estado haciendo, pero sé que ha adquirido pasaje para Estados Unidos, y he pensado que quizá podría interesarte.

»Un hombre dedicado a la ciencia energética puede no haber hecho nada y puede haber hecho mucho. Sea como sea, en cierto modo estoy inquieto, puesto que si algo ha realizado el profesor Olaffsen, ha sido trabajando aquí, en mi patria, en San Nataniel, y no me gustaría que cualquier consecuencia que se derivase de su descubrimiento pudiese significar una responsabilidad para mi país.

»Olaf Olaffsen llegará a Corpus, Texas, el día veintitrés, en el vuelo 089 de la Lasan, y, si te es posible, me gustaría que le dedicases aunque sólo fuese un par de días, y que me facilitases los informes, a fin de saber si puedo estar tranquilo o debo tomar medidas respecto a lo que Olaffsen haga o pueda hacer en el futuro, después de haber estado, digamos escondido, durante más de dos años en San Nataniel.

»Tengo muchos deseos de verte, pero últimamente ciertos acontecimientos de gran desarrollo político y social de mi país me impiden desatenderlo, y yo sé que tú estás de acuerdo en que dedique mi tiempo preferentemente al bienestar de mi pueblo, de personas, en fin. En cuanto a ti, supongo que sigues tan ocupada como siempre, pero no pierdo la esperanza de que, en breve, recibiré tu visita.

«Hasta entonces, siempre tuyo,

»Nathan.»

Terminada la lectura de la carta, Brigitte estuvo unos segundos

pensativa. Luego, volvió a leerla, ahora con más rapidez, y finalmente la quemó sobre un gran cenicero de cristal tallado, observada en silencio por Pitzer, Minello, y el sorprendido Cirilo Baena.

—Vaya —refunfuñó Minello—: Parece que ni siquiera te fías de nosotros, Brigitte. Ella le miró, sonriente.

—Por supuesto que confío en vosotros, Frankie, pero lo que no se conoce no puede perjudicar a nadie. Si fuese una cosa mía, personal, no tendría ningún inconveniente en enseñárosla a ti y a tío Charlie. Pero la discreción ya sabes que ha sido mi norma de conducta, cuando se trata de otras personas.

—Pues a mí me hubiese gustado meter las narizotas en esa carta —refunfuñó Minello.

—Lo sé —rió Brigitte—. Pero ya ves que no va a poder ser. A menos que quieras que tus narices queden asadas. En cuanto a tío Charlie, estoy segura de que, pese a tener tanta curiosidad como tú, se limitará a hacerme unos pequeños favores, que yo le voy a pedir… y que no me hará ninguna pregunta.

—Supongo —dijo sosegadamente Pitzer— que se trata de alguien que le está pidiendo a usted algún favor. Y ese alguien, naturalmente, sólo puede ser su amigo, el presidente de San Nataniel. Si usted cree mejor no decirme nada al respecto, por mí está bien. ¿En qué puedo ayudarle, de todos modos?

—Bien… Simplemente, se trata de conseguirme la máxima información posible sobre un científico energético llamado Olaf Olaffsen.

—¡Ah! —exclamó Pitzer—. Sí, lo recuerdo. Ese es un profesor sueco, que desapareció hace dos o tres años, y desde entonces no sé ha vuelto a saber nada de él. ¿Acaso usted tiene noticias de Olaf Olaffsen, por medio de su amigo Nathan?

—Hemos convenido, tío Charlie, en que usted no me haría preguntas; simplemente, me facilitará información.

—De acuerdo. Si lo que quiere es que la pida a la Central, lo haré con mucho gusto.

—Sabía que podía confiar en mis amigos —sonrió la bellísima Brigitte—. Del mismo modo que mis amigos saben que pueden confiar en mí.

—Tus amigos pueden confiar en ti —dijo agresivamente Minello—, pero es que, además yo te amo con locura hasta la muerte.

Cirilo Baena respingó, y se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Frank Minello, que parecía a punto de saltar sobre Brigitte. La cual, conteniendo la risa ante la actitud sobresaltada de Baena, señaló hacia la puerta de comunicación interior.

—Bueno, aquí tenemos el riquísimo champaña helado, con guinda.

Espero que sea de su agrado, señor Baena.

—A mí me gusta todo —dijo Cirilo Baena—, Además, ya me dijo el señor presidente que tenía que ponerme a su disposición, absolutamente para todo.

—Tampoco es listo, el tipo este —refunfuñó Minello—. Vaya un mérito, ponerse a la disposición de la mujer más hermosa del mundo, y beberse su Perignon 55 con guindas.

¡Menudo pájaro está hecho este Baena!

—Bu-bueno —tartamudeó el hombrecillo—. La verdad es que yo… o sea, que yo…

Estaba realmente atribulado, pero comprendió enseguida que estaba siendo objeto de una broma, porque cuando Brigitte no pudo contener la carcajada fue imitada por Peggy, por Pitzer y finalmente por Minello, que se puso a señalarlo, intentando decir algo, pero sin poder articular palabra alguna, debido a la risa.

Entonces, Cirilo Baena sonrió, felicísimo y divertido, porque se dio cuenta de que, efectivamente, había ido a caer entre personas de lo más amables y simpáticas que pudiera desearse.

En realidad, Cirilo Baena solamente tenía una duda, en aquellos momentos.

¿Realmente aquella joven bellísima, de grandes ojos azules, cuerpo escultural, piel dorada por el sol, y modales de gran dama, podía hacer algo que no pudiera hacer el presidente de San Nataniel?

Mejor dicho: ¿qué podía pedirle el señor presidente a una joven tan encantadora y delicada?

Finalmente, Cirilo Baena desechó la cuestión. Seguramente, el señor presidente pedía cosas sin importancia a la señorita Montfort. Y por otra parte, él no tenía por qué complicarse la vida. Se estaba muy bien allí, y si tenía que hacer algo, aparte de beber aquel riquísimo champaña helado, pues… ya se lo dirían.

Y si no tenía nada que hacer, pues sería una lástima, porque debería emprender el regreso a San Nataniel, tomando un avión de las líneas aéreas de San Nataniel, en cuanto la señorita Montfort decidiera prescindir definitivamente de sus servicios.

Capítulo II

SENTADA en uno de los taburetes del bar del aeropuerto de Corpus, la preciosa joven rubia de ojos verdes que degustaba plácidamente una tónica con una rodaja de naranja, movió apenas la cabeza cuando los altavoces anunciaron, para diez minutos más tarde, la llegada del vuelo 089 de la Lasan, procedente de la ciudad de San Nataniel.

Como si la llegada de aquel vuelo no tuviese para ella la menor importancia, la joven rubia continuó tomando su tónica. La terminó calmosamente, dejó un billete sobre el mostrador, y bajó del taburete, llevando ya en su mano izquierda un encantador maletín rojo, con florecillas azules estampadas.

Segundos después, estaban en una de las terrazas, mirando hacia el luminoso cielo de un azul pálido. Pálido, debido precisamente al intenso refulgir del sol, que quitaba color a todas las cosas. A lo lejos se veía el azul del mar, más intenso que el del cielo; en éste no se veía ni una sola nube. Era un caluroso y seco día de finales de junio.

Todavía estaba en la terraza la rubia cuando volvió a oírse, por los altavoces situados en aquélla, el anuncio referente al vuelo 089 de la Lasan. Impávida, la muchacha se dedicó a escrutar el cielo, hasta que unos minutos después apareció el avión. Estuvo observándolo mientras tomaba tierra, y cuando vio a los pasajeros descender muy cerca del edificio central y dirigirse hacia los servicios aduanales, abandonó la terraza.

Un minuto más tarde, a través de los cristales que separaban los vestíbulos de espera de la recepción de pasajeros internacionales, la rubia de los ojos verdes contemplaba a los pasajeros que habían llegado procedentes de San Nataniel.

En total, eran diecisiete personas, entre hombres, mujeres, e incluso un par de niños. La mirada de la rubia buscó entre esas diecisiete personas y, en efecto, muy pronto localizó entre ellas a la que le interesaba.

El rostro que se quedó mirando era el que había estado observando veinticuatro horas antes en unas fotografías facilitadas por el jefe del sector de la CIA en Nueva York. Es decir que, en efecto, el profesor Olaf Olaffsen, un avanzado científico energético, acababa de llegar a Estados Unidos procedente de San Nataniel, donde había permanecido,

prácticamente escondido, durante más de dos años.

No hubo problema alguno, y todos los pasajeros fueron admitidos en el país, lo cual indicaba claramente que sus documentaciones y pasaportes estaban en regla. Luego, el grupo se acercó a la parte de recepción donde la cinta sin fin les acercaría su equipaje, procedente de la zona de descarga, a la que había sido llevado desde el avión.

Procurando no demostrar, no evidenciar, su interés especial por uno de los pasajeros, la rubia continuó ante los cristales, observando a los recién llegados sin especial interés. Parecía como si estuviese allí por casualidad, más bien distraída. Mientras tanto, por la cinta transportadora apareció la primera maleta procedente del vuelo 089 de la Lasan. Los pasajeros se colocaron a lo largo de la cinta, y se dispusieron a ir haciéndose cargo del equipaje, a medida que fuese pasando ante ellos.

Mientras tanto, procedentes también de las pistas, como los pasajeros recién llegados, entraron en la zona de recepción internacional cuatro hombres, que se dirigieron también directamente hacia la cinta transportadora, mientras los empleados aduanales norteamericanos les miraban con cierta indecisión.

Por su parte, la rubia miró a los cuatro hombres rápidamente, pero con gran atención. En realidad, a cada mirada a uno de aquellos cuatro rostros, fue como si éstos hubiesen sido fotografiados. Mientras tanto, los cuatro sujetos se acercaron a la cinta sin fin, y, al parecer, se abstrajeron también en la contemplación de los equipajes que iban apareciendo.

A partir de ese momento, cualquiera habría tenido dificultades para explicar correctamente lo que sucedió allí dentro.

De pronto, la rubia vio como Olaf Olaffsen caía sobre la cinta transportadora.

Dentro de la recepción de pasajeros internacionales, todavía tardaron un par de segundos en darse cuenta de lo sucedido. Una mujer señaló hacia el cuerpo del científico energético caído en la cinta, y que se iba alejando sobre ésta, describiendo ya la vuelta para volver a entrar en la zona de equipajes.

En cuanto la mujer hubo señalado el cuerpo caído del sueco, otra mujer emitió un grito. Otra mujer más gritó, acto seguido… Y un instante después, se organizó allí dentro un verdadero caos, del cual parecía que nadie fuese a poder escapar.

A salvo de todo esto, la preciosa rubia que esperaba en los vestíbulos, contemplando la escena a través de los cristales, observó cómo uno de los cuatro sujetos que habían entrado en último lugar se apresuraba a agarrar una de las maletas que estaba en la cinta, y se volvía, dispuesto a echar a correr hacia la salida.

Los empleados norteamericanos de aquel servicio estaban ya también alertas y excitados, y evidentemente se disponían a controlar a los todavía más excitados pasajeros.

Cuando vieron que uno de éstos se disponía a salir de la zona, en aquellos momentos de confusión, y al parecer sin que su equipaje fuese examinado, uno de los empleados alzó la mano en un gesto de alto.

Más allá, un compañero del sujeto que había agarrado la maleta, sacó una pistola y disparó contra el empleado norteamericano.

Este recibió el balazo con terrible potencia, y giró de tal modo que la rubia pudo verle su rostro crispado, distorsionado por el dolor. Todavía giró otra vez, antes de caer de bruces al suelo. Para entonces, el sujeto que había agarrado la maleta, seguía corriendo hacia la puerta, y sus otros dos compañeros habían sacado de los bolsillos interiores de su chaqueta dos enormes pistolas, con las que comenzaron a disparar contra todos los presentes, en especial contra los que se oponían al paso de su compañero.

Este, que había sacado un pañuelo y se tapaba con él la boca y la nariz, continuó corriendo. Tras él, sus compañeros seguían disparando, tapándose también la boca y la nariz con pañuelos doblados.

La rubia comprendió, en el acto, lo que estaba sucediendo allí. Tras el primer instante de nerviosismo, que había impedido a uno de ellos a disparar contra uno de los empleados con pistola de balas, los otros dos habían llevado adelante la verdadera estrategia de aquella acción, y estaban disparando balas de gas.

Así debía ser porque, excepto ellos cuatro, que tenían la boca y la nariz tapados con un pañuelo que, por supuesto, debía contener algún filtro antigás, las demás personas estaban comenzando a caer, a derrumbarse más bien, allá donde se encontraban… mientras la cinta transportadora, que continuaba impertérrita su giro, llevaba, por fin, el cuerpo de Olaf Olaffsen hacia el final de la ruta visible. En un instante, el cuerpo del científico sueco desapareció de la vista de la rubia.

Y mientras tanto, el hombre que, evidentemente, había robado una maleta de las que habían aparecido sobre la cinta transportadora, había salido ya de la zona de recepción de pasajeros internacionales, y corría a toda prisa, alejándose del lugar.

Tras él aparecieron los otros tres, y realizaron el astuto plan de echar a correr en dirección contraria a la del hombre que había robado la maleta.

La estrategia era ingenua, pero muy afectiva, sobre todo teniendo en cuenta que, aparte de la rubia, parecía que nadie más por el momento, se había percatado de que estaba sucediendo algo inesperado,

Pero tres hombres corriendo y con una mano en la boca y con la otra empuñando grandes pistolones, debían acabar por llamar pronto la

atención hacia ellos, así que la rubia comprendió que debían tener no sólo la seguridad de que se abrirían camino con aquellas pistolas, sino muy cerca de allí un coche preparado para escapar a toda prisa.

Mientras tanto, el hombre de la maleta, que había pasado como una exhalación junto a la rubia, estaba ya a unos treinta metros de ésta, y había guardado el pañuelo y caminaba normalmente, portando la maleta con toda tranquilidad.

En dirección contraria, esto es, hacia donde corrían los tres hombres, llamando aparatosamente la atención, comenzaba a organizarse ya un buen alboroto, pero la rubia prescindió de esto, y partió rápidamente en pos del hombre de la maleta.

Tan tranquilamente caminaba éste que la rubia lo alcanzó en pocos segundos, cuando estaba a punto de salir del edificio del aeropuerto por la puerta más alejada a la parte donde se estaba notando el gran alboroto formado por los tres compañeros del sujeto de la maleta.

Este estaba a punto de salir ya, cuando notó la presencia a su lado. Volvió la cabeza, y vio a la rubia que caminaba casi pegada a él.

La rubia le sonrió simpáticamente, y salieron del edificio prácticamente codo con codo.

Apenas en el exterior, y mientras la gente, efectivamente, corría hacia el otro extremo del edificio, la rubia se volvió decididamente hacia el hombre de la maleta, y, sin perder la sonrisa, puso su manita en el hombro del sujeto, hacia el cuello, y apretó con el pulgar, el índice y el corazón. El hombre lanzó un gemido ahogado, palideció, y se encogió bruscamente, para caer en el acto al suelo, de rodillas. Y desde esta posición, como un saco, quedó de bruces ante los pies de la rubia.

Esta, tranquilamente, agarró la maleta con la mano derecha, y a buen paso se dirigió hacia donde había estacionado su coche.

Estaba llegando a la zona de estacionamiento cuando volvió la cabeza. Y lo que vio le hizo apretar el paso.

Tras ella, pese a toda la confusión reinante en el aeropuerto, un coche se había detenido delante de donde yacía el hombre al que tan magistralmente había dejado sin sentido. Del coche salió otro hombre, y, acto seguido, otro más. Entre los dos agarraron por los brazos al otro, lo pusieron en pie, y lo sacudieron con tal fuerza que la rubia comprendió que recuperaba rápidamente el conocimiento.

Apretó aún más el paso, y volvió de nuevo la cabeza. El hombre al que había dejado sin sentido parecía estar ya consciente, y estaba señalando hacia ella.

Casi corriendo, la rubia acabó de llegar a su coche, lo abrió, tiró la maleta robada al asiento de atrás, su maletín al asiento contiguo al del volante, y ella se sentó ante éste. En un instante, el coche de la rubia salió del estacionamiento, a tal velocidad y manejando con tal decisión,

que sus neumáticos chirriaban fuertemente a cada giro y a cada recta emprendida para salir de la zona.

Lo estaba consiguiendo ya cuando vio, a través de las filas de coches estacionados, a los cuatro hombres corriendo.

Y estaba ya fuera de la zona de estacionamiento, y lanzada velozmente hacia la salida del aeropuerto, cuando vio salir el otro coche en su persecución.

—¡Mala suerte! —dijo en voz alta.

Apretó el pedal del gas, y el coche aumentó en el acto la velocidad, como saltando. Por el espejo retrovisor no vio coche alguno que la persiguiese… pero fue sólo los primeros segundos. Muy pronto, otro coche apareció, también lanzado a toda velocidad, tras el suyo.

—Pues estamos listos —dijo la rubia, de nuevo en voz alta—. Seguramente estos sujetos conocen el lugar, pero yo no tengo ni idea de hacia dónde puedo dirigirme.

Lo primero que hizo fue abandonar la amplia pista, en cuanto encontró una salida. Poco después rodaba por una carretera que parecía de importancia… y que también abandonó muy pronto por otra secundaria, que se dirigía hacia una zona densamente poblada de arboleda. A sus espaldas, iba quedando el mar… Y, cada vez más cerca, el coche que la perseguía.

En unos pocos minutos, la rubia comprendió que definitivamente se había perdido, que no tenía ni idea por dónde estaba circulando, escapando a la persecución del coche en el que sabía, con toda certeza, viajaban cuatro hombres, capaces de matar, con tal de conseguir la maleta que en aquellos momentos viajaba con ella, en el asiento de atrás.

Si la bella rubia hubiese contado con alguien que pudiera suplirla al volante, desde luego que habría dado un disgusto a aquellos hombres, recurriendo al contenido de su maletín, pero, en las actuales circunstancias, todo lo que podía hacer era intentar burlar la tenaz persecución automovilística de que estaba siendo objeto.

Cosa que no parecía en absoluto fácil.

Ya fuese por la mayor experiencia del conductor perseguidor, o por la potencia del coche, o porque aquél conocía mejor los lugares, lo cierto era que la persecución estaba dando frutos a favor de los cuatro hombres.

Finalmente, la rubia tuvo que comprender que, si las cosas seguían de aquel modo, como máximo en un par de minutos tendría el coche perseguidor a tiro de pistola, con lo cual las cosas se pondrían definitivamente feas.

Así pues, y para asombro de los perseguidores, desvió bruscamente la marcha del vehículo que conducía, metiéndolo entre los altos pinos que

creaban grandes zonas de sombra en la resbaladiza pinocha.

En el otro coche, el hombre que lo conducía lanzó una horrenda maldición. Y luego, ya menos brutalmente, añadió:

—¡La madre que la parió…! ¿Qué es lo que pretende esa loca?

Los cuatro hombres estaban pendientes del coche que estaba introduciéndose entre pinos y matorrales. Al llegar al lugar donde el coche perseguido había abandonado el camino, Loebruck, el conductor del coche perseguidor, vaciló y se volvió a mirar a uno de sus compañeros que iba atrás.

—Me parece que sería mejor seguirla a pie, Wesley —dijo Loebruck.

—¿Por qué? —gruñó éste—. ¿Acaso no puedes conducir por ahí dentro, tal como lo está haciendo ella?

—Puedo hacerlo —asintió Loebruck—. Pero a mí no me persigue nadie, y no tengo por qué correr ese riesgo. Ten por seguro que o bien ella detiene el coche por sí misma, o va a resbalar sobre la pinocha, y se va a estrellar contra uno de los pinos.

—Bueno, pero no podemos correr el riesgo de que…

En aquel momento, en la distancia, se oyó el crujido de chapa metálica y el reventar profuso de cristales. Parrish y Sargen, que estaban mirando hacia el coche de la fugitiva, lanzaron una exclamación y señalaron hacia allí a la vez.

—¡Se ha estrellado contra un pino! —exclamó Parrish.

Miró a Wesley, le guiñó socarronamente un ojo, y detuvo el motor del coche. Luego, metió la mano derecha bajo la axila, y sacó la pistola.

—Ahora sí que va a ser sencillo cazar a esa chica. Y te aseguro que le vamos a pasar una factura muy interesante.

—Está bien —gruñó Wesley—. ¡Vamos por ella! Cuando salieron del coche, vieron a la rubia.

Estaba saliendo de su automóvil, y llevaba en una mano un maletín y en la otra la maleta. Debía estar a una distancia de unos setenta u ochenta metros de ellos, montaña arriba. Vieron perfectamente cómo se volvía, los miraba, y luego, dando media vuelta, emprendía carrera hacia lo alto de la colina de pinos y matorrales de toda clase.

—¿Qué te parece? —sonrió Sargen—, La rubia parece que tiene esperanzas de escapar.

—A mí me gustan las personas con optimismo —dijo

Loebruck—. Vamos a tomárnoslo con calma. Hace demasiado calor para andar correteando por estos lugares.

—¡Hey, mirad! —rió Parrish, señalando hacia arriba—. La rubia acaba de caerse. Efectivamente.

Ahora ya a cien metros de ellos, la rubia había resbalado en la pinocha, y había caído de bruces, dejando escapar la maleta y el pequeño maletín. Pero la vieron ponerse rápida— mente en pie, agitar

ambas piernas de modo que los zapatos salieran despedidos de los pies, y, tras recuperar la maleta y el maletín, reanudar la desesperada fuga hacia la cresta de la colina.

—Bueno, yo creo que ya le hemos dado bastante esperanza de vida —rió Wesley—.

Vamos por ella, sin más complicaciones.

Los cuatro echaron a correr montaña arriba… y Wesley no tardó en imitar a la rubia. Resbaló sobre la pinocha, cayó de bruces, y luego se deslizó un par de metros, antes de detenerse agarrándose a un matorral. Cerca de él, sus compañeros Sargen, Loebruck y Parrish le miraban socarronamente, pero también Loebruck en aquel momento resbaló, y habría caído, de no haberse agarrado a Sargen.

Este se desprendió de su compañero, de un manotazo.

—¡Quítate de encima, imbécil! —farfulló—. Y vamos por esa golfa. ¡Yo le voy a enseñar a meterme mano al cuello, y tumbarme como si fuese un muñeco!

—No entiendo cómo una mujer vulgar y corriente pudo quitarte la maleta, Sargen — dijo Parrish.

—Esa fulana no es vulgar ni corriente —le miró hoscamente Sargen — Y más vale que vayamos con cuidado con ella. Una zorra que sabe apretar los nervios de ese modo, tiene que ser de cuidado. Conque mucha atención con ella.

La verdad es que los cuatro hombres no se tomaron muy en serio el peligro que pudiera derivar de la rubia. Pero cuando menos, ésta les ofreció una sorpresa.

Una sorpresa auténtica y en verdad desconcertante.

Sencillamente, cuando llegaron a lo alto de la pequeña loma, la rubia había desaparecido.

Ante ellos, y extendiéndose hacia el otro lado de la colina, había muchísimos pinos y matorrales, y entre ellos se veían pequeños chalés, de rojo tejado. En algunas partes re— fulgían las aguas, que debían corresponder, sin duda, a alguna piscina.

Fue Wesley ahora quien lanzó una horrenda maldición, y señaló hacia aquella ladera, que iba descendiendo suavemente.

—¡Tenemos que encontrarla! —exclamó—. Esa maleta tiene que ser recuperada cuanto antes.

Capítulo III

CASI a las cinco de la tarde, la maleta no había sido recuperada.

Lo cual, naturalmente, indicaba que no habían podido encontrar a la rubia. Para entonces, uno de los hombres, utilizando una radio de baterías que llevaban en el coche, había pedido ayuda, de modo que apenas inedia hora después de haber perdido de vista a la rubia, llegaron al lugar tres coches más, atiborrados de hombres, que se apresuraron a cercar toda la zona de pinos, incluyendo, la pequeña y elegante urbanización que se extendía al otro lado de la colina.

Al mando de aquel grupo de hombres, que sumaban un total de no menos de quince, había llegado Lionel Masters.

Lionel Masters era un hombre alto, fuerte, de aspecto elegante y agradable, y que debía tener como máximo treinta y cinco años. Por supuesto, llegó de un humor poco propicio para bromear con él. Pero, con gran acierto y habilidad, lo primero que hizo fue asegurarse de que aquella zona quedaba debidamente cercada.

Habida cuenta de que los delincuentes también disponen de sus propios recursos para orientar sus acciones, Lionel Masters, a las cinco de la tarde, sabía ya algunas cosas de la rubia que parecía haberse evaporado en aquella pequeña montaña, llena de pinos y matorrales.

Sabía, por ejemplo, que tenía muy buen gusto para el calzado, y que aquellos dos zapatitos que habían recogido en la pinocha eran de inmejorable calidad. Sabía, por ejemplo, que el coche que había estado utilizando la rubia era un «Olimpic», y que había sido alquilado aquella misma mañana en Corpus. En la *Rent-a-car* le habían facilitado los datos sobre la rubia cenicienta que había perdido dos zapatos. Había dicho llamarse Lili Connors y estar alojada en el Beach

Hotel de la ciudad. Allá, en el Beach Hotel, admitieron, en efecto, que uno de sus clientes se llamaba Lili Connors. ¿Procedencia? Bueno, según su inscripción en el registro, procedía de Nueva York. Había llegado la noche anterior, sola, y en el hotel no había recibido llamada ni visita alguna.

Con todo esto, se podía pensar que Lionel Masters estaba tras la pista de la muchacha rubia. Pero a poco que se pensase en todos los datos de que disponían, se llegaba a una conclusión: ¿de qué les servía todo aquello, si la rubia no aparecía por parte alguna?

—Es imposible que se haya alejado de estos lugares —insistía una y otra vez el irritadísimo Wesley—. Le aseguro, señor Masters, que a menos que sepa volar, tiene que estar todavía a nuestro alcance.

—Esperemos que sea así —dijo Masters—. Las cosas van a complicarse mucho, si esta noche no le llevamos la maleta al señor Owy.

—Nosotros no tenemos la culpa de…

—Yo, en vuestro lugar, me dedicaría más a buscar a esa Lili Connors que a intentar convencerme a mí de que habéis hecho las cosas bien. Porque, además, las habéis hecho muy mal, Wesley.

Sin más ganas de discusión, Lionel Masters se metió en su coche, colocado a la sombra de un pino de anchísima copa. Encendió un cigarrillo y quedó pensativo. Sí. Si aquella maleta no aparecía, realmente no iba a ser nada agradable encararse con Ulrico Owy.

Veinte minutos más tarde, la radio del coche emitió una llamada, y Lionel Masters la admitió inmediatamente.

—¿Sí? —masculló—. ¿Qué ocurre?

—Señor Masters —sonó una voz en el interior del coche—, soy Forrest. Acabamos de dejar pasar un coche, que conduce un hombre solo. Y estoy pensando que seguramente va a comenzar a llegar bastante gente a esta urbanización. Hay aquí una zona residencial, en la que debe vivir mucha gente que trabaja en la ciudad, y como ya es algo más tarde de las cinco, están regresando de sus trabajos.

—De acuerdo —asintió Lionel Masters—. Además, no debemos preocuparnos de las personas que vayan llegando, Forrest, sino de las que intenten salir. Respecto a esto, sed inflexibles.

—Sí, señor. Entendido.

La comunicación fue cortada. Lionel Masters quedó de nuevo pensativo, fruncido el ceño. El hecho de que, hasta el momento, después de varias horas de búsqueda, no hubiesen encontrado a Lili Connors significaba que se las estaban viendo con una persona indiscutiblemente capacitada, muy bien preparada para afrontar situaciones como aquélla. Así pues, no había que llamarse a engaño, ni considerar que tenían la situación controlada, ni mucho menos.

Lo que más le preocupaba era la personalidad de la rubia Lili Connors. Es decir, cómo había podido intervenir en aquel asunto, de dónde había sacado la información necesaria para poder intervenir de modo tan desastroso para ellos. Y a cada minuto que pasaba, el desastre iba aumentando, ya que la llegada de la noche iba a complicarles todavía mucho más las cosas. Una mujer que era capaz de permanecer escondida, burlando la vigilancia de más de una docena de hombres, era más que posible que pudiese burlar a esos mismos hombres durante la noche, y romper el cerco tendido en torno a la pequeña loma y a la urbanización residencial.

Quince minutos más tarde, la radio del coche volvió a sonar, y Masters atendió la llamada.

—¿Si?

—Señor Masters, soy Forrest otra vez. Tal como le dije, van llegando coches, casi todos ellos ocupados por un hombre. También alguna mujer. Y alguna que otra pareja… Pero le llamo para informarle que el hombre que llegó en primer lugar a uno de los chalés está saliendo ahora de éste. Le acompaña una mujer.

—¿Una mujer? —exclamó Masters—. ¿Crees que puede ser…?

—No señor —se oyó el refunfuño de Forrest—. No creo que pueda ser la rubia Lili Connors, porque la mujer que va con ese tipo es una anciana.

—¿Una anciana? —frunció el ceño Masters—. Bueno… Está bien, voy para allá inmediatamente. No les dejéis marchar, sin que yo haya llegado, Forrest.

—De acuerdo, señor Masters.

Lionel Masters puso en marcha el coche, rodeó la loma y apareció en el camino que llevaba a la carretera que luego se convertía en la vía principal de la urbanización residencial.

Apenas llegar a ésta, vio el grupo formado a unos ciento cincuenta metros, y comprendió lo que estaba ocurriendo. Cuando llegó allá, en efecto, se encontró con

Forrest y otros dos de sus hombres, que estaban conversando con un desconocido, que se apoyaba en el capó de su coche.

Lionel Masters se apeó del suyo y se acercó. Al llegar junto al otro coche, se inclinó para mirar a su interior. Y en efecto, sentada en el asiento de atrás, y con un visible gesto de irritación, vio a la anciana de negros ropajes y blancos cabellos.

—¡Oiga! —dijo con voz aguda la anciana—. ¿Qué es lo que está ocurriendo aquí? ¿Con qué derecho nos están deteniendo ustedes?

Lionel Masters, en verdad atractivo, apuesto, bronceado, sonrió simpáticamente.

—Le ruego que nos perdone, señora. Es un asunto policial. Ustedes no tienen nada que temer, si nos permiten registrar su coche.

—¡No tengo por qué permitirle nada a nadie! —exclamó la anciana, iracunda—. Haga el favor de dejarnos paso libre o se va a enterar usted de quién soy yo, en cuanto llegue a Corpus.

Lionel Masters frunció el ceño, pero continuó sonriendo simpáticamente. Con buen criterio, decidió no seguir discutiendo con la anciana, y fue a encararse con el hombre des conocido.

—Le ruego que nos perdone, señor —dijo amablemente Masters—. Estamos vigilando esta zona porque se nos ha informado de que estaba en circulación, por aquí, un importante alijo de drogas. ¿Tendría usted

inconveniente en que echásemos un vistazo a su maletero?

—Entiendo que son ustedes de la policía, naturalmente —dijo el otro.

—Somos de la División de Narcóticos —aseguró, con gran aplomo, Lionel Masters

—¿Cuál es su nombre, por favor?

—Nash —murmuró el otro—. Peter Nash… Y desde luego, no tengo ningún inconveniente en que registren ustedes mi coche.

—Menos mal —suspiró, con simpático gesto, Lionel Masters—. La verdad es que la señora que va dentro del coche no parece tan dispuesta como usted a colaborar.

—Es mi madre —sonrió Peter Nash—, Desde luego, tiene mal genio, pero es que no está acostumbrada a que se la moleste… y mucho menos, la policía.

—Bueno, señor Nash —asintió Masters—, creo que lo entiendo, desde luego, pero en ocasiones, y siempre precisamente en beneficio de las personas honradas, la policía tiene que ocasionar alguna que otra molestia.

—Supongo que así es. ¿Le digo a mi madre que salga del coche?

—Pues… Verdaderamente, sería lo mejor. Espero que la señora Nash comprenda nuestra situación, y se toma las cosas, digamos deportivamente.

—Intentaré convencerla de que lo haga así. Pero, por favor, sean cuidadosos al registrar el coche. Es muy quisquillosa, y no le haría ninguna gracia que andasen arrancando asientos de mala manera.

—No se preocupe usted, señor Nash —aseguró de nuevo Masters—. Todo se hará de modo que su madre no tenga que molestarse.

—Será mejor que sea yo quien le diga que salga del coche —se ofreció Peter Nash.

Fue hacia el vehículo, se metió dentro, sentándose junto a la anciana, y comenzó a dialogar con ella. Los hombres que esperaban que la anciana abandonase el vehículo, oyeron perfectamente la airada voz de la dama. Pero finalmente, ésta y el atribulado

Peter salieron del coche, y se alejaron unos pasos.

La anciana se volvió, y estuvo observando todo el rato, con el ceño fruncido, cómo, bajo la dirección de Lionel Masters, el coche era revisado. En realidad, no hizo falta arrancar ni estropear nada. Fue mirando el maletero, el compartimiento del motor, por supuesto todo el interior del coche, la parte inferior… Finalmente la solidez de los asientos, y Masters tuvo que comprender que en todo aquel coche no había truco alguno, ni contenía nada que le interesara de modo especial.

Sonriendo, se acercó a Peter Nash y a su madre. Esta le dirigió una furibunda mirada, apenas se detuvo ante ellos.

—¿Está usted contento? —graznó con voz chirriante—, ¿Ya nos ha hecho perder el tiempo suficiente?

—Lo lamento, señora —sonrió Lionel Masters—. Estamos haciendo nuestro trabajo, eso es todo. Les agradecemos mucho la colaboración prestada, y en lo que a nosotros res— pecta, pueden marcharse.

—Gracias —murmuró Nash—. ¿Todo está bien?

—Por supuesto, señor Nash.

Peter Nash volvió a tomar del brazo a su madre, que no cesaba de refunfuñar, y la acompañó hasta el coche. Allí, la anciana volvió a sentarse en la parte de atrás, en cuyo asiento había un maletín forrado de raso negro y que, por supuesto, había sido examinado. Pero muy brevemente, puesto que apenas abrirlo, los hombres de Masters habían visto esa serie de cosas que puede llevar cualquier mujer en su equipaje de mano.

Sentado al volante, Peter Nash puso en marcha el vehículo, saludó con la mano a los hombres que le miraban, y partió tranquilamente.

Estaban tan sólo a unos doscientos metros del punto donde había sido registrado el vehículo, cuando Peter Nash miró a su anciana madre por el retrovisor.

—Deben haber todavía más hombres por estos contornos. Quizá no salgan al paso.

—No lo creo —negó la anciana con sorprendente voz juvenil—, Están bien distribuidos cercando la zona residencial y la loma en la cual los despisté. Es muy posible que estén en contacto unos con otros, por medio de radio en los coches o utilizando, como nosotros, radios de bolsillo. Por lo tanto, saben que este coche ya tiene paso libre.

El hombre que había dicho llamarse Peter Nash, movió la cabeza con un gesto admirativo.

—Francamente, voy a decirle que a mí no me llegaba la camisa al cuerpo.

—Bueno, esto quiere decir que debería usted comprarse las camisas de una talla superior.

Nash puso cara de sorpresa. Luego soltó una carcajada, y volvió a mover la cabeza con aquel gesto admirativo.

El coche continuó alejándose de la zona de peligro, sin que volvieran a ser incomodados.

—Estamos en la carretera estatal —dijo Nash, aflojando la marcha y volviendo un instante la cabeza—. ¿Seguimos hacia Corpus o prefiere que la lleve a otro lugar?

Su anciana madre, tras reflexionar unos segundos, movió la cabeza con gesto negativo.

—No. No me interesa volver por Corpus, de ninguna manera. Creo que lo mejor será que me busque un buen motel, agradablemente

situado cerca de la playa. Ha sido usted muy amable, al venir a recogerme con el coche, Simón. En lo que a mí respecta, ha terminado su trabajo.

Peter Nash, es decir Simón, desvió el coche hacia la derecha de la carretera, y lo detuvo. Entonces, se volvió hacia la anciana de blancos cabellos.

—Me gustaría hacer algo más por usted, francamente. Esto de recibir una llamada de radio y venir con un coche para sacar a Baby de un pequeño apuro, engañando a unos cuantos desgraciados, no me parece una aventura digna de ser contada a mis nietos.

—Bueno —rió deliciosamente la anciana—, hay quien no puede contar ni siquiera esa pequeña aventura, Simón. De todos modos, quizá sí podría hacer algo por mí… ¿Conoce usted al hombre que parecía dirigir a los demás?

—No. En absoluto. Pero puedo intentar enterarme de quién es.

—¿Cómo lo haría? —se interesó la anciana.

—Veamos —reflexionó el agente de la CÍA—. Puesto que usted va a llevarse el coche, a fin de disponer de medio de traslado propio, yo puedo utilizar la radio de bolsillo para llamar a un par de compañeros, que vengan aquí con otro coche. Y entre los tres, y con la debida discreción, podemos dedicarnos a vigilar a esos sujetos, y enterarnos de dónde vive el que a usted le interesa. ¿Le parece bien?

—Me parece estupendo… Siempre y cuando recuerden ustedes que ante todo exijo su propia seguridad. Si sabe dónde está instalado ese hombre, u otro cualquiera del grupo, puede significar peligro de sus vidas, olvídenlo.

—Caramba —refunfuñó el espía—. Somos agentes de la CIA, Baby, no niños de pecho. Yo creo que podemos encargarnos de un asunto tan sencillo como éste, sin grandes complicaciones.

—Usted lo ha dicho, Sin grandes complicaciones, Simón. Llámenme cuando sepan algo.

—*Okay* —sonrió Peter Nash-Simón—. Espero que nos volveremos a ver.

—Solamente si es necesario.

La espía más linda del mundo se adelantó en el asiento, y besó al agente de la CIA en una mejilla.

—De todos modos, ya sabe que le amo a usted, y a todos los Simones.

—Lo sé —murmuró Simón—. ¿Ve usted? Con este beso sí que tengo algo realmente importante que contarles a mis nietos.

Sin más el agente de la CIA se apeó del coche, y se alejó, sin volver ni una sola vez la cabeza.

Si lo hubiese hecho, o mejor, si se hubiese quedado allí, habría

experimentado una sorpresa más con respecto a la agente Baby. Por supuesto, Simón sabía que Baby no era una anciana como la que había recogido en un chalé de la urbanización residencial, pero tampoco sabía cuál era su verdadero aspecto. Quizá entonces lo hubiese sabido, porque la anciana se quitó rápidamente la peluca y el traje negro, quedando vestida con un ligero conjunto estival, y dejando sueltos sus largos cabellos negros, suavemente ondulados.

Realmente, aquellos hombres que seguían cercando la colina y la zona residencial no le parecían demasiado listos a Brigitte. Escondida entre unos arbustos, había cambiado rápidamente su aspecto de la rubia Lili Connors por el de la anciana dama de blancos cabellos, utilizando los elementos de disfraz que siempre llevaba en su mágico maletín rojo con florecillas azules. Luego, convertida en una anciana, se había dirigido hacia la urbanización, realmente pasando ante los ojos de aquel, por entonces, pequeño grupo de perseguidores. Y como a pesar de lo que se diga, siempre hay gente amable en el mundo, y ella había tenido la suerte de encontrarla, pues en el primer chalé que llamó fue amablemente recibida. Y cuando dijo que su coche se había averiado cerca de allí y que estaba de viaje y que su hijo pasaría a recogerla, si le permitían una llamada telefónica, no opusieron reparo alguno. Por lo que, tras una fingida llamada a Corpus, la anciana sólo tuvo que esperar a que Simón Corpus acudiese a recogerla, atendiendo a la verdadera llamada efectuada anteriormente por la radio de bolsillo.

Pero esto, realmente, no tenía ya ninguna importancia.

Lo que sí tenía cuando menos una relativa importancia, era el contenido de la maleta que había robado, y que había visto brevemente. Dentro de aquella maleta había visto, bien encajadas y protegidas en alvéolos de poliuretano blanco, lo que podían ser piezas de un dispositivo mecánico o eléctrico. La espía internacional tenía ya la suficiente experiencia para comprender que aquellas piezas metálicas, y algunas al parecer de cuarzo y otras electrónicas, podían ser desde un aparato capaz de captar señales eléctricas, podían ser desde un aparato capaz de captar señales eléctricas provenientes de la galaxia de Andrómeda, por ejemplo, hasta un arma cualquiera, de insospechados y devastadores efectos. Cualquier cosa relacionada con la energía básicamente, considerando que aquellas piezas de aquella maleta habían estado viajando en manos del científico energético sueco Olaf Olaffsen.

Respecto a Olaf Olaffsen, Simón le había llevado malas noticias, cuando pasó a recogerla. El científico sueco había muerto. Cuando, finalmente, los empleados del aeropuerto de la zona de descarga se repusieron de su sorpresa, y acudieron a hacerse cargo del hombre que había aparecido caído de bruces sobre la cinta transportadora, lo encontraron ya cadáver.

Los empleados del aeropuerto de la parte aduanal, así como el resto

de los pasajeros del vuelo 089 de la Lasan, habían sido intoxicados por medio de un gas, pero cuando Simón, siguiendo las instrucciones que le diera Baby por la radio de bolsillo, acudió a enterarse de pormenores sobre lo sucedido en el aeropuerto, ya se habían repuesto de todas las molestias.

Quien no se repondría nunca, por supuesto, era Olaf Olaffsen.

¿Qué nuevo invento o qué nuevo adelanto científico habría conseguido el investigador sueco?

«Yo creo —reflexionó Brigitte— que lo mejor sería ponerme en contacto con Nathan para que él, allí en San Nataniel, visitase a la señora Olaffsen, y aparte de comunicarle la desgracia sucedida en el aeropuerto de Corpus, intentase aclarar algo respecto a la maleta… es decir, al contenido de la maleta.»

* * *

Hacia las nueve y media de la noche, después de cenar y de instalarse en el Texasmotel, situado en la playa, relativamente cerca de Corpus, Brigitte Montfort consiguió comunicación telefónica con la Casa Presidencial de San Nataniel, el pequeño estado isleño del Mar Caribe[1].

Puesta en contacto con su viejo y querido amigo Nathan, explicó a éste, y expuso su idea sobre lo que convendría que Nathan llevase a cabo, en su país. Tras convenir que Nathan la llamaría en cuanto hubiese conseguido algo positivo al respecto, Brigitte decidió dedicarse a descansar para estar dispuesta a cualquier cosa, a la mañana siguiente. Tenía la esperanza de que Simón-Corpus, ayudado por otros compañeros, otros Simones, conseguiría algo positivo con respecto al hombre que había estado dirigiendo el grupo que buscaban a una rubia que había perdido sus zapatos.

«Mañana tendré que comprarme algo por ahí —reflexionó Brigitte, tendida en la cama—. No puedo volver al Beach Hotel en busca de mi equipaje, es decir, del equipaje de Lili Connors, ni puedo andar por ahí con un aspecto juvenil y moderno, y llevando los zapatones de madame la Duchesse de Montpelier.»

En cuanto a la maleta, por supuesto, la agente Baby la había dejado en lugar bien seguro.

Capítulo IV

LA primera noticia del día no fue, en absoluto, buena.

Nathan la llamó desde San Nataniel. Dijo que había esperado a saber que eran las ocho de la mañana en Texas para llamarla, pero que tenía toda la información que se podía obtener sobre la esposa del asesinado Olaf Olaffsen.

Y esta información, realmente, decepcionó a la espía internacional: la señora Olaffsen había desaparecido.

Nathan le explicó que él personalmente había ido al chalé donde durante más de dos años el científico energético sueco había estado trabajando en compañía de una criada solamente y de su joven esposa. Pero en la casa no quedaba nadie. La vigilancia de los hombres de Nathan se había relajado, casi retirado totalmente al ausentarse Olaf Olaffsen. Y, sabiéndolo o no, la señora Olaffsen había abandonado su domicilio, en compañía de la criada.

Por lo tanto, había que desistir de cualquier pista o ayuda que pudiese proporcionarles la señora Olaffsen.

—¿Tienes, al menos, algunas fotografías de ella, Nathan? —preguntó Brigitte.

—Menos mal —suspiró la divina—. Por favor, envíamelas cuanto antes aquí.

—No, no… A mi nombre, Nathan. A nombre de Brigitte Montfort. Estoy en el Texasmotel de Chapman Ranch, Texas, naturalmente.

—¿…?

—¿Problemas? No te comprendo.

—Ah, bien… Bueno, los habituales, no debes preocuparte en absoluto por mí.

Simplemente, estoy trabajando, eso es todo.

—…

—¡Claro que no! Por ahora puedo seguir adelante yo sola, no te preocupes.

—…

—Sí, sí —sonrió Brigitte, entre divertida y cariñosa—, lo tengo presente: si te necesitase, te llamaría enseguida. Adiós, Nathan.

Mientras se bañaba, pensó en la señora Olaffsen. ¿Se había marchado con la criada, o… las habían matado a ambas, igual que habían hecho

con Olaf Olaffsen? Como mínimo, lo más probable era que las tuviesen secuestradas… Esto era lo malo de tratar con servicios secretos de segunda categoría, como era, lógicamente, el de San Nataniel. Nathan, por supuesto, era un espía de primera categoría, pero no sus paisanos, y él tenía que conformarse con lo que había: agentes que, cuando la pieza principal que vigilan vuela lejos de sus posibilidades, pierden interés por la pareja de esa pieza, o por las crías. En fin, no todo el mundo podía ser agente de primera categoría, del mismo modo que no todos los que se dedican al cine pueden ser unos Robert Redford o unas Kim Novak, valga el ejemplo.

Hacia las nueve y media, cuando estaba a punto de salir del motel para ir a comprarse ropa adecuada, sonó la radio de bolsillo, que desde la noche anterior estaba sobre la mesita de noche.

—¿Sí?

—Buenos días. ¿La he despertado?

—Claro que no, Simón. Me disponía a salir para comprarme ropa, en cualquier tienda próxima al motel…

—Es mejor que venga a Corpus a comprarla.

—Ya… ¿Encontraron al hombre?

—Se llama Lionel Masters. Tiene un apartamento en Baldwin Boulevard, al que regresó anoche muy, muy tarde. Para ser más exactos, regresó de madrugada, y con gesto de mala uva, si me permite la expresión.

—Se la permito —rió Brigitte—. Supongo que tal gesto por otra parte del señor Masters era debido a que él y sus amigos no habían encontrado a una chica rubia, con una maleta.

—Evidentemente. Hasta unos tontos tan tontos tuvieron que convencerse de que, fuese como fuese, la rubia había volado, así que levantaron el campamento de cerco… al menos, aparentemente.

—Oh… ¿Quiere eso decir que simularon marcharse, pero que dejaron bien escondidos a algunos hombres por los alrededores?

—Son así de listísimos, de astutos.

—Bueno, allá ellos. De todos modos, están demostrando disponer de mucho personal… ¿El tal Lionel Masters fue a su apartamento, simplemente?

—Simplemente. Estamos esperando que saiga para subir a colocarle un par de «orejitas mágicas»,

—Buena idea. ¿No siguieron a nadie más, de aquel grupo?

—Lamentablemente, con aquella prisa, sólo disponíamos de un coche.

—Está bien. Llámeme cuando sepa algo nuevo, Simón. Mientras tanto, voy a salir de compras.

—¿Va a venir a Corpus?

—Pues… Sí. ¿Por qué no? Estaré ahí dentro de media hora, más o menos

* * *

Estaba pagando ya el importe de sus compras, en una elegante tienda de la Comanche Street de Corpus Christi, cuando notó la vibración de la llamada de la radio en el maletín, previamente insonorizado para evitar complicaciones; bastaba la suave vibración para que ella percibiese la llamada.

Acabó de pagar, pidió que empaquetasen las ropas y el calzado con el que había llegado a la tienda, y fue al tocador de señoras, donde no había nadie, en aquel momento. Se encerró en uno de los compartimientos para atender la llamada.

—¿Sí, Simón?

—El pájaro ha alzado el vuelo, pero se ha posado muy pronto. Está tomando café en la terraza de un bar llamado Calypso, en la Ocean Drive. Naturalmente, está esperando a alguien. ¿Qué hago?

—No le pierda de vista, mientras yo llego a ese lugar.

Supongo que está usted poniendo el debido cuidado para que Masters no le vea.

—Claro.

—Está bien. Voy para allá. Y cuando yo llegue, usted se va.

* * *

Simón vio llegar a Brigitte al Calypso. Es decir, la reconoció por dos detalles, a cual más revelador. Uno, el coche. Dos, la belleza de la muchacha que lo conducía. Era demasiado para dudar, Así que cuando ella pasó por su lado, y le miró, Simón señaló Ocean Drive adelante, ella asintió y siguió hacia allí, y él puso en marcha el coche de sus compañeros, que se habían retirado a descansar. Ahora le tocaría dormir a él, y uno de ellos tendría que tomar el relevo, en las comunicaciones con Baby…

Mientras pensaba esto, Simón pasaba conduciendo frente al lugar donde Baby estaba estacionando el coche, todavía algo alejada del Calypso, lo cual era lógico, ya que si Masters veía el coche, lo reconocería como el de la señora anciana que había protestado por el registro, y que su hijo tuvo que calmar… Sonriendo bajo el influjo de estos cercanos recuerdos, Simón pasó con su coche por delante de la terraza del Calypso, sin cuidado alguno, pues sabía que, desde allí, Masters no podía ver a los conductores de los coches que pasaban en aquella dirección.

Sin embargo, alguien le vio.

Sentado en el asiento delantero de un coche, con otro compañero que estaba al volante, Sargen vio pasar al rubio agente de la CIA, y entonces sonrió y lo señaló.

—Hombre, por ahí va el buen hijo de la vieja gruñona…

—¿Qué,…? —le miró, todavía distraído, el otro.

—Ese tipo, que es un buen hijo —señaló de nuevo Sargen.

Lomax todavía pudo ver nítidamente el perfil de Simón al pasar Ocean Drive abajo.

—Si te refieres al rubio que conduce el «Ford», es de la CIA…

Sargen quedó un instante con la mente en blanco. Luego, súbitamente, palideció.

—¿Cómo que es de la CIA? —jadeó.

—Es de la CIA… Hace un par de meses tuvieron un pequeño tropiezo en el puerto, con unos cubanos. Nosotros no nos metimos en el lío, porque ya sabes que el señor Owy nos lo tiene prohibido terminantemente, y además…

—¡Síguelo! ¡Sal tras él, ahora mismo!

—Pero estamos esperando para recoger al señor Masters, después que él reciba la llamada…

—¡Te digo que vayas tras ese tipo! ¡El señor Masters estará de acuerdo conmigo…!

* * *

En aquellos momentos, el señor Masters estaba de acuerdo consigo mismo en que, sin discusión posible, aquélla era la mujer más hermosa y con más clase que había visto en su vida. Ella acababa de llegar, y, tras vacilar un instante, fue a sentarse ante una de las mesitas, de frente a la avenida: Masters captó perfectamente su dulce sonrisa, cuando los azules y bellísimos ojos se elevaron para fijarse en el mar… Un camarero, turulato de admiración, se hizo cargo de atender a la recién llegada cliente, que pidió café. Luego, ella encendió un cigarrillo, miró su relojito de pulsera, y volvió a mirar hacia el mar.

A menos de seis, metros, Lionel Masters no la perdía de vista, fascinado. Tan fascinado, que ni siquiera se acordaba de que estaba allí esperando una llamada importantísima… De pronto, la mujer de los grandiosos ojos azules y los largos cabellos negros, le miró casualmente, sin duda, y captó el fascinado gesto de Masters. Entonces, ella sonrió, y desvió rápidamente la mirada. Lionel Masters notó un vuelco del corazón, una tremenda pirueta, que pareció llegar hasta su cabeza, latiendo con fuerza en las sienes. La siguiente vez que ella le miró, de reojo, Masters la estaba vigilando, y le sonrió. Ella miró velozmente de

nuevo hacia el mar… pero conteniendo una levísima sonrisita, que a Lionel Masters le pareció deliciosa. Así es la vida: cuando uno no puede atender esta clase de asuntos, es cuando mejor se le presentan. A buen seguro, si no tuviese nada que hacer allí, no habría aparecido tan hermosa mujer… la cual, por cierto, estaba esperando a alguien, a su vez.

¿O no?

Podía ser todo una pantalla, precisamente, para acudir a sitios elegantes como el Calypso y allá lanzar el anzuelo. ¿Por qué no? Una mujer, por hermosa que fuese, podía ser una buscona. Claro que era muy temprano… Y sobre todo, aquella mujer tenía tanta clase que…

—¿Es usted el señor Masters?

Este volvió la cabeza, sobresaltado, hacia el camarero que se le había acercado.

—Sí.

—Le llaman por teléfono, señor.

—Sí… Gracias.

Mala suerte. Pero, así es la vida. Y lo primero es lo primero… Masters entró en el local, y fue a la cabina encristalada, en la cual se veía el teléfono, descolgado. Cerró la puerta y atendió la llamada.

—¿Sí…?

—…

Masters quedó paralizado por la sorpresa. No era la persona que esperaba, y además, no habría esperado jamás que Sargen, que debía estar en el coche esperando, le llamase por teléfono…

—¿Eres tú, Sargen? —murmuró, por fin.

—…

—Sí, sí, sí… La anciana del mal genio, y su hijo…

—…

Lionel Masters palideció intensamente. Quedó como paralizado unos segundos.

—¿Estás seguro? —preguntó, con voz crispada.

—…

—¡Bien hecho! ¿Cómo se llama ese tipo rubio?

—…

—Peter Wells… Bueno, ya sabes adónde lo tienes que llevar… ¿Qué?

—…

—Una radio de bolsillo… Sargen, espera un momento, tengo que pensar. Un momento. Masters se colocó el auricular contra el pecho, y, en efecto, se dedicó a pensar. A pensar a toda prisa. Era evidente que el «buen hijo», como le llamaba Sargen, estaba allí para vigilarlo a él, si realmente era un agente de la CIA. Pero, si estaba allí para vigilarlo a

él… ¿por qué se había marchado? La respuesta era sencilla: se había marchado porque le había llegado un relevo. Es decir que… La cabeza de Lionel Masters pareció llenarse de sangre ardiendo, hincharse, a medida que, velozmente, las imágenes pasaban por su mente: la imagen de un joven rubio que llega a una zona residencial, y que poco después se va, llevándose a su anciana madre; una dama a que Masters le habría gustado probarle los elegantes zapatitos en aquel momento, allí mismo, en el Calypso. Sí, unos zapatitos muy elegantes, de inmejorable calidad y buen gusto. Los zapatitos que había llevado la rubia… Una rubia que luego se había convertido en una anciana. Pero que no era anciana, claro. Y si no era anciana… podía ser que tampoco fuese rubia. ¿Por qué no podía ser una espléndida morena de ojos azules… que en aquel momento estaba en la terraza, «esperando a alguien»? La espléndida morena de ojos azules, elegante, que había llegado cuando el agente de la CIA se marchaba… La morena elegante y bellísima… que igual podía ser rubia, si el caso lo requería. O una anciana de agrio carácter…

—Sargen —susurró, alzando el auricular.

—¿…?

—Vas a utilizar la radio de bolsillo de ese sujeto. Fíjate bien en lo que tienes que decir: llamas, y cuando te contesten…

Terminadas sus instrucciones, Masters colgó el auricular, y regresó a su mesa de la terraza. Por supuesto, la morena de los ojos azules continuaba esperando… Lionel Masters tenía la vaga impresión de conocer a aquella mujer. ¿Dónde la había visto antes…? Le parecía recordarla en fotografías. ¿Alguna estrella de cine, de televisión, de teatro…? Sonrió cuando ella volvió a mirarlo. ¡Claro que estaba allí para vigilarlo! Es más: ella estaba intentando el contacto. Simulaba sentir interés por él, pero intentando ocultarlo. Eso resulta siempre tan halagador para un hombre, que casi siempre inicia una maniobra de acercamiento a la mujer. Al principio, ella se haría la difícil, pero luego cedería: aceptaría alguna invitación de él… con lo que habría conseguido su objetivo, o sea, el contacto con la pieza. ¿Cómo le habían localizado? Pues, muy sencillo si el rubio llamado Peter Wells era de la

CIA, luego habían dispuesto la vigilancia de los hombres que formaban el cerco en el bosquecillo, incluido él, por supuesto, al que debían haber seguido hasta su mismísimo apartamento.

¿De la CIA? Entonces, ¿por qué no le cazaban, sencillamente, y le obligaban a decir qué era exactamente el aparato que la rubia había robado en el aeropuerto al maldito Sargen?

¿De la CIA? Y si eran de la CIA… ¿habían estado esperando en el aeropuerto la llegada de Olaf Olaffsen para quitarle la maleta a Sargen simplemente? Y sí era de la CIA… ¿cómo sabían que Olaf Olaffsen iba a llegar a Corpus Christi? ¿Y si…?

En estas dudas estaba Masters cuando vio a la espléndida mujer de

los ojos azules erguirse, acto seguido ponerse en pie, y entrar en el Calypso. Estupendo: Sargen ya la estaba llamando, utilizando la radio que le habían encontrado encima a Peter Wells…

Capítulo V

DENTRO del lavabo, Brigitte Montfort sacó la radio, que vibraba en silencio en su escote, y atendió rápidamente la llamada. Si Simón la llamaba en aquellas circunstancias, era que algo importante estaba ocurriendo.

—¿Sí, Simón?

—¿Simón? —oyó una voz desconocida—. No soy Simón, abuelita. Tampoco soy Peter Wells, su amiguito rubio de la CIA… ¿Sabe quién soy yo?

Baby había palidecido intensamente. Movió la cabeza como si su interlocutor pudiese verla.

—No… No sé quién es usted. ¿Quién es?

—Pues soy el tipo al que la rubia le quitó la maleta con el LGL en el aeropuerto. ¿Me comprende?

—Sí… sí.

—Bien. Tenemos a su amigo rubio, O su hijo. Lo que sea… aunque yo creo que no es nada especial de usted. ¿Usted también es de la CIA?

—¿Qué le ha ocurrido a Simón… a Peter Wells, quiero decir?

—Por el momento, sólo tiene rota la cabeza, pero vivirá… a menos que usted prefiera que muera.

—No, no prefiero eso.

—Magnifico. Mire, yo estaba con un amigo, esperando a una persona, cuando pasó el rubio. Y el amigo me dijo que el rubio era de la CIA, de modo que algo me olió mal, nos fuimos tras él, y en el primer semáforo, mi amigo se metió dentro de su coche, le dio un golpe en la cabeza, lo tiró a un lado del asiento, y se puso él al volante. Ya sabe: operaciones rápidas y sencillas. Le hemos encontrado la radio, y hemos dicho: ¿por qué no llamamos a la abuela, y le decimos que, si no nos devuelve el LGL, le vamos a cortar la cabeza al rubio? ¿Me comprende usted, señora, o señorita?

—Sí.

—Bien. ¿Dónde está ahora?

—¿Usted no lo sabe? —murmuró Brigitte.

—¿Cómo demonios habría de saberlo? Estoy hablando con usted por radio, no por videoteléfono. Puede estar en la cama, en un baño turco, o debajo de un hombre, ¿Qué demonios sé yo? Pero si quiero saberlo, para

pasar a recoger el LGL ¿Acepta el trato?

—Acepto cambiar la maleta por mi amigo, pero yo diré cómo.

—¿Y cómo va a ser?

—Ante todo, dígame qué es el LGL.

—Bueno, es un… ¿Usted no lo ha visto?

—He visto una serie de piezas dentro de la maleta, pero no tengo ni idea para qué sirven. Aunque imagino que puede ser una… maravillosa y fascinante variedad de arma.

¿Qué es, concretamente?

—Mire, yo no estoy autorizado para darle esa explicación. Sólo tengo que decirle que quiero el LGL a cambio de la vida de su compañero de la CIA. ¿O no es usted de la CIA?

—Sí, somos de la CIA.

—¿Y cómo han sabido lo referente a este asunto, a la existencia del LGL…?

—No estoy autorizada para darle esa explicación.

—Oh, entiendo, es usted de las que saben replicar, ¿eh? Bueno, de acuerdo. Díganos cómo se va a efectuar el canje. Pero le aconsejo que tenga cuidado. Ya suponemos que no es usted la única que está escuchando ahora, pero si intentan algo peligroso, se lo juro: le cortaremos la cabeza al rubio. ¿Está claro?

—Sí. Pero no sé si mis demás compañeros de Corpus nos están oyendo.

—Los estamos oyendo —intervino una nueva voz, tensa, en la conversación.

—En ese caso, ya lo saben: no intervengan —dijo Brigitte—. Yo arreglaré esto a mi manera. ¿Lo entienden?

—Sí… Sí.

—Así pues, cierren la radio, sigan con su trabajo actual, y olvídense de este asunto. Les llamaré cuando esté solucionado. *¿Okay?*

—*Okay.*

—Bien… ¿Me oye usted todavía, «tipo de la maleta al que la rubia se la quitó en el aeropuerto»?

—Me llamo Sargen —sonó el gruñido de éste.

—Bueno, amigo Sargen, no tengo inconveniente en cambiar un montón de piezas metálicas por la vida de un compañero, así que vamos a hacer el canje. Y yo le diré cómo: nos encontraremos en determinado lugar, ustedes soltarán a Peter Wells, y yo me quedaré con ustedes, para llevarlos a donde está el LGL. ¿Está de acuerdo?

—Eso significa que usted está dispuesta a cambiar su sitio con el rubio… Lo que a su vez significa que, si hace alguna jugada, quien moriría sería usted.

—Lo cual debe ser suficiente para demostrarle a usted que voy a jugar limpio. Estimo mucho a mis compañeros, pero no hasta el punto de cambiar mi vida por la de ellos. Ahora bien, quiero garantías de que, cuando ustedes tengan el LGL, yo podré marcharme también.

—¿Qué garantías quiere?

—Nadie irá armado en ese encuentro, y…

—Escuche, abuelita, o lo que sea: déjese ya de tonterías, condiciones y sugerencias. Se lo voy a decir bien claro: si antes de una hora, usted no nos ha entregado el LGL, le cortaremos la cabeza al rubio, eso es todo. De modo que escuche con atención: si antes de una hora no está usted con, el LGL en el cruce de Robstown, sólo díganos dónde quiere que le enviemos la cabeza de Wells. ¿Está claro?

—Sí.

—Pues eso es todo.

La comunicación fue cortada. Brigitte Montfort permaneció unos segundos inmóvil. Luego, salió del lavabo, regresó a la terraza, y se sentó a la mesa, sin mirar hacia Lionel Masters, que permanecía en el mismo sitio. ¿La había relacionado a ella, en su verdadero aspecto de Brigitte Montfort, con Simón-Corpus, esto es, con Peter Wells? Seguramente, la llamada telefónica que había recibido era referente a la captura de Simón, pero… ¿podía saber Masters que ella tenía algo que ver en el asunto?

«¿Y por qué ha de saberlo?» —se preguntó la espía.

Dejó un billete sobre la mesa, y abandonó la terraza del Calypso Bar. ¿A quién esperaba Masters allí? Le habría gustado saberlo, pero antes que nada estaba la vida de Simón. Y tenía que hacerlo todo sola, porque si llamaba por la radio a los demás Simones, el tipo llamado Sargen recibiría también la llamada. Así que nada de utilizar la radio.

Llegó al coche, y partió en dirección al lugar donde había ocultado la maleta… pero apenas había salido de Corpus, lo pensó mejor: seguramente, por allí había todavía hombres cercando la zona. Si la veían con la maleta, la cazarían, sin la menor posibilidad de que ella pudiese hacer algo por Simón. La cosa estaba complicada, desde luego… aparte de que no tenía la menor duda de que la intención de Sargen era matarla y a Simón, en cuanto tuviese la maleta, por supuesto.

La divina espía movió negativamente la cabeza, frunciendo el ceño, gélida la expresión de su rostro.

«Bueno, si como es lógico quieren jugar sucio, yo puedo enseñarles algo sobre ese modo de jugar», se dijo.

Cambió de dirección, emprendiendo el regreso hacia el Sur, cruzando rápidamente la ciudad y saliendo de ésta por la 286, directa hacia Champman Ranch, desde donde desvió la marcha hacia la costa, hacia Champan Ranch Beach, donde estaba su motel, frente a la playa. En

media hora, a partir de su conversación con Sargen, Brigitte estaba ya en su cabaña del Texasmotel, la 31…

* * *

Diez minutos después de haber visto entrar a la hermosa mujer de los ojos azules en la cabaña 31 del Texasmotel, Lionel Masters vio salir a la anciana, cargada con una maleta, que parecía pesar lo suyo. Masters estaba convencido de que la chica de los ojos azules no se había dado cuenta de que la seguía, así que estaba decidido a sacar partido de la situación.

Referente a la anciana, no cabía duda de que la maleta que estaba colocando en el portamaletas era la que contenía el LGL, y que se disponía a acudir a su cita con Sargen y Lomax. Muy bien, por ese lado, ellos terminarían el asunto. El sentía más interés por la morena de ojos azules… suponiendo que no fuese la anciana, una vez disfrazada. Si era sí, mala suerte, pues cuando volviese a ver a la preciosa morena, disfrazada de anciana, ya estaría muerta. Pero si no era así, si la anciana era una persona y la morena otra, Masters tenía grandes deseos de conversar con la morena…

Por eso, cuando la anciana partió en el coche, Masters se encogió más dentro del suyo, esperó un par de minutos, y luego salió y fue hacia la cabaña 31.

Hacía una mañana espléndida, y, desde la piscina del motel, situada a más de cien metros, llegaba de cuando en cuando alguna risa, cabalgando en la brisa del mar, que hacía oscilar levemente algunas palmeras. De no ser por aquella brisa, el calor no se habría podido resistir…

Para abrir la puerta de la cabaña, Lionel Masters demostró una gran habilidad y elegancia, utilizando un simple cortaplumas, con el que no hizo ni un solo rasguño en la puerta ni en la placa exterior de la cerradura. Entró silenciosamente, cerró, y se quedó inmóvil, escuchando.

Dos minutos más tarde, sabía ya que en la cabaña no había nadie, y que, por tanto, la anciana y la morena de los ojos azules… y presumiblemente la rubia que había robado la maleta a Sargen en el aeropuerto, eran la misma persona.

«Habilísimo personaje —tuvo que admitir Lionel Masters—. Y el caso es que juraría que la conozco… Luego preguntaré en la conserjería el nombre de la persona que ocupa esta cabaña. Ahora, quizá lo averigüe por mí mismo, si echo un vistazo a sus cosas… mientras Sargen y Lomax se encargan de ella…»

* * *

Pasaban siete minutos del tiempo convenido cuando Sargen vio detenerse el coche en el cruce de Robston, procedente de Driscoll, es decir, del Sur. Sentado ante el volante, Lomax volvió la cabeza hacia el asiento de atrás, para mirar a Sargen, que vigilaba al maniatado Simón-Corpus, cuyo rostro estaba lívido, de modo que destacaba mucho la sangre que se había secado en un lado de la cara.

—Debe ser ésa —dijo Lomax.

Sargen no contestó, hasta que vio apearse a la anciana.

—Sí, es ella —musitó.

Se fijó entonces en la maleta, y su ceño se frunció. Aquélla no era la maleta que él había pretendido llevarse del aeropuerto, la que había costado la vida a Olaf Olaffsen…

—Parece que ha venido sola —dijo Lomax.

—Pero esa maleta no es la que trajo Olaffsen desde San Nataniel…

—Yo creo que te está esperando, Sargen.

—Está bien. Vigila a éste.

Sargen salió del coche, y se acercó a la anciana, que permanecía junto al suyo, con la maleta en el suelo, junto a sus pies. A medida que se acercaba, Sargen iba viendo mejor a la anciana, que permanecía impávida bajo el tremendo impacto de calor del mediodía. Era una dama muy interesante, ciertamente. En su juventud, debía haber sido muy hermosa…

—No veo a mi compañero —dijo ella, apenas Sargen se detuvo ante ella.

—Yo tampoco veo el LGL, señora —gruñó Sargen.

—¿No ve la maleta? —alzó ella las cejas, con gesto impertinente.

—Esa no es la maleta que me robó la rubia en el aeropuerto. Y de todos modos, aunque fuese la misma maleta, no significaría que el LGL estuviese dentro, de modo que voy a echarle un vistazo…

—¡No! No, no… Quiero decir… que le aseguro que el LGL está dentro, desde luego… ¡Se lo juro!

—¿Por qué se pone tan nerviosa? —entornó los párpados Sargen.

—Por nada… No estoy nerviosa. Bueno, sí, por lo que pueda pasarle a mi compañero…

Déjelo libre ya, y nos iremos. Usted ya tiene lo que quería, ¿no es así?

Sargen entornó aún más los párpados. Estuvo unos segundos escrutando aquel rostro arrugado, y sin embargo, tan… fresco. Era una anciana extraordinaria, desde luego.

—Abra la maleta —dijo de pronto Sargen.

—No, no… ¡Le aseguro…!

Sargen asió a la anciana por un brazo, y de un tirón la derribó de rodillas junto a la maleta.

—¡Le digo que la abra! —gritó.

—No… ¡NO!

—Maldita bruja… ¿Qué hay dentro de la maleta? ¿Alguna trampa de explosivos? Tiene que ser algo así… ¿Hay una trampa?

—No… No.

—Pues ábrala. ¡Vamos, ábrala ahora mismo, o la voy a…!

—¡Hay una bomba, sí, hay una bomba…! —gritó histéricamente la anciana—. ¡No quiero abrirla!

Sargen estaba pálido; de miedo, al pensar en lo que le habría sucedido si él hubiese abierto la maleta, y de ira, por la jugada que les había preparado la anciana. La ira fue un impulso tan fuerte, que adelantó un paso hacia la anciana, y le aplicó un tremendo puntapié en un costado, derribándola. Aún estaba ella gimiendo cuando Sargen se inclinó, la asió por los cabellos, y dio un fortísimo tirón.

—¡Bruja, ponte en p…!

Se quedó atónito, contemplando la blanca peluca que había quedado en su mano. Cuando bajó la mirada hacia la anciana, la larga cabellera negra, suavemente ondulada, se había desparramado ya… El efecto era verdaderamente pasmoso, y Sargen estaba como petrificado, con la boca abierta, sumido en el más grande pasmo de su vida. Cuando reaccionó, fue para comprenderlo todo de golpe, y su rostro se puso rojo de ira.

—¡La puta que te parió…! ¡Tú eres la rubia! ¡Te voy a hacer pedazos, puerca…! Pero no.

¡Oh, demonios, claro que no! Vamos, ponte en pie, agarra la maleta, y vamos al coche…

¡Deprisa! ¡Y deja ya de hacer trucos y comedia! ¡Vamos, camina!

Esta vez la había asido por los cabellos negros, que no cedieron al tirón. Puso en pie a la extraña dama, que ni gemía ni protestaba por nada, ni se alteraba lo más" mínimo. Sargen no era tonto, pero tampoco era demasiado listo. Debió prestar más atención al hecho de que una mujer que acaba de ser desenmascarada y golpeada, y que sabe que la van a matar, debía haber reaccionado de otro modo, menos fríamente, evidenciando algún sentimiento, algún temor… Pero la anciana extraordinaria no hacía ni decía nada. Simplemente, caminaba hacia el coche de Sargen… lo cual era, precisamente, lo que ella quería, lo que había querido desde el principio.

—¡Entra ahí! —la empujó Sargen—, ¡Y si te mueves, Lomax te va a volar la cabeza de un balazo! ¡Cuidado con ella, Lomax!

Lomax, no menos sorprendido que Sargen, aunque sí mucho menos furioso, contemplaba a la mujer, que no le hacía el menor caso. Estaba

mirando a Peter Wells, con gesto expectante, casi anhelante.

—Estoy bien —susurró el agente de la CIA—. Sólo tengo algunos golpes… Lo siento.

El viejo rostro bajo los hermosos cabellos juveniles, sonrió. Lomax ni siquiera se preguntó por qué sonreía una mujer que tenía que saber que los iban a liquidar a los dos… Estuvo apuntando a la mujer hasta que Sargen, después de haber colocado la maleta en el portaequipajes, fue a sentarse junto a la mujer, apuntándola con su pistola.

—Ya te enseñaremos a colocar bombas en las maletas, arpía. Vas a venir con nosotros, y esta vez la cosa te va a parecer menos fácil y divertida… ¡Quieta!

La anciana miró sorprendida a Sargen, mientras con la mano derecha retiraba del borde de la manga izquierda lo que a Sargen le pareció un pañuelo.

—Sólo es un pañuelo —dijo, además, ella.

Sargen abrió la boca, dispuesto a decir algo… pero al mismo tiempo, y justo cuando la anciana se colocaba aquella cosa blanca ante la boca y la nariz, vio que no era exactamente un pañuelo, sino algo más reducido pero más grueso, como un apósito que…

Al instante siguiente, Sargen, Lomax y Simón estaban profundamente dormidos, debido al gas que había escapado de la pequeña ampolla de cristal que la anciana había llevado sujeta al lado de una rodilla, con esparadrapo, y que acababa de romper presionándola con la otra rodilla. El efecto del gas fue fulminante, como siempre. Precisamente, no hacía mucho, lo había utilizado en Francia, cuando el pobre monsieur Nez estuvo pasando aquellos apuros relacionados con las medidas de seguridad[2].

Tras esperar quince segundos, la anciana retiró la compresa antigás, y sonrió secamente. Salió del coche, tiró de

Peter Wells hasta sacarlo, y se lo cargó en un hombro con toda facilidad. Lo llevo a su coche, y lo acomodó en el asiento de atrás. Luego, volvió por la maleta, que colocó de nuevo en el portaequipajes de su coche. Todavía volvió al otro coche, y situó un pequeño aparato en el pliegue del respaldo del asiento de atrás. Observo que el coche no molestaba allí, regreso de nuevo al suyo, y partió… por supuesto, tras haber recuperado su peluca blanca y la radio de bolsillo de Simón-Corpus, que dormía como un bendito.

Pero, ciertamente, estaba vivo.

Capítulo VI

—DEBERÍA mataros —deslizó fríamente Ulrico Owy—. ¡Debería mataros y echar vuestra carne a los cerdos!

Sargen y Lomax no osaron replicar, desde luego. Estaban de pie ante Ulrico, observados por éste con aquella frialdad estremecedora. Un poco más allá, todos insignificantes en el enorme salón de aquella hermosa villa sita cerca de la localidad de Mathis, estaban Loebruck, Parrish y Wesley, no muy con vencidos de que sus compañeros fuesen a salir bien librados de la situación provocada por su fallo. Fallo que Ulrico atribuía a todos, ciertamente.

—Debería mataros a todos —prosiguió Ulrico— ¡a todos, porque todos sois culpables de lo sucedido! Lo planeé todo a la perfección, todo salió bien de acuerdo a mis indicaciones… y este… este imbécil se deja quitar el LGL por una rubia… ¡que ahora se ha vuelto a burlar de él!

Volvió a callar. Eran casi las cuatro de la tarde, y el sol era sencillamente terrible en el exterior. Refulgía sobré el Lake Corpus Christi, que era un simple ensanchamiento del Nueces River, cerca del cual estaba la casa, rodeada de césped, flores y árboles. Un agradable paisaje, que Lionel Masters, de pie ante el gran ventanal abierto, contemplaba pensativamente, evitando mirar a Ulrico Owy.

La verdad es que resultaba mucho más agradable el paisaje que Ulrico. Este era alto y grueso: no menos de seis pies y dos pulgadas, y no menos de doscientas cincuenta libras de peso, teñía los ojos grandes, oscuros, verdaderamente inquietantes, quizá debido únicamente a aquel extraño estrabismo. Sí, Ulrico era bizco, pero no de los que parecen mirarse la punta de la nariz, sino de los que parecen mirar con un ojo a cada lado, a derecha e izquierda, y además con uno hacia arriba y con otro hacia abajo. En verdad sorprendente.

E inquietante, amedrentador. Ulrico Owy lo mismo podía estar mirándole a uno que contemplando la lámpara que pendía del techo. Y un tipo así, gordo, feo, furioso, de piel blanquísima ajena por completo al sol, y recortada barba negra, que además tenía las manos como manojos de cañas secas, no resultaba en modo alguno agradable.

—Todavía no se ha perdido todo —dijo Masters—. Quizá ella regrese al Texasmotel, y entonces, Forrest, Hughes y Lampert la cazarán.

—¿Y para qué demonios ha de regresar al mote!, si tiene el LGL y a

su compañero? Irá a la CIA, y asunto terminado, eso es todo —replicó ferozmente Ulrico.

—No creo. Hay algo extraño en este asunto.

—¿Qué quieres decir? —pareció mirar Ulrico Owy a su hombre de confianza. Lionel Masters no tuvo más remedio que mirarlo.

—Si esa mujer trabaja realmente para la CIA, ¿por qué no le ha entregado ya el LGL a sus jefes? Todo lo que está sucediendo no tiene sentido. Yo creo que no estamos enfrentados a la CIA.

—Le aseguro que Peter Wells trabajaba para la CIA, señor Masters —dijo Lomax.

—Sí, sí, no dudo eso… Pero… No sé, pienso que Wells puede ser un agente de la CIA, pero no estar trabajando para ella en esta ocasión, sino para esa mujer. Y eso tampoco lo entiendo. Llamé a la conserjería del motel, y me enteré de su nombre: Brigitte Montfort.

Y en el acto, la recordé. Es una de nuestras glorias periodísticas. Tiene el Pulitzer, vive en Nueva York, es famosísima, rica… Hay algo que no encaja en todo esto, pero una cosa es segura: si la CIA estuviese interviniendo en esto, es decir que supiesen lo que sabe esa mujer, y además ella les hubiese entregado el LGL, ya habrían venido a aplastarnos. Y si no lo han hecho ya, es que no lo harán… por la sencilla razón de que ella no piensa poner a la CIA al corriente de todo esto.

—¿Y qué explicación se te ocurre para esto? —gruñó Ulrico.

—Podría ser que tanto la Montfort, como ese muchacho de la CIA, y posiblemente alguno más a las órdenes de ella, estén trabajando para otras personas. Por ejemplo, los rusos.

Las palabras de Masters cayeron como plomo en la reunión de preocupados personajes. Durante unos segundos, reinó un silencio total, hasta que Ulrico soltó un bufido.

—¡Sólo nos faltaría que también interviniesen los rusos en esto! ¡Maldita sea, no entiendo cómo han podido complicarse tanto las cosas! ¡Y ella ni siquiera ha llegado!

—Cuando Sargen me llamó al Calypso creí que era ella, francamente —reflexionó Masters—. Pero es evidente que está teniendo dificultades para llegar aquí. Y pienso que quizá de esas dificultades provengan todas nuestras complicaciones aquí. Es posible que alguien estuviese vigilando en San Nataniel a Olaf, se enterase de algo, avisase a la Montfort, a la CIA o a los rusos, sea para quien fuere que la Montfort esté trabajando… Y si nosotros hemos tenido dificultades aquí, imagínate ella para salir del país y llegar a Texas. Es muy posible que esté en dificultades tan grandes como las nuestras.

—¡Y ni siquiera tenemos el LGL! —vociferó Ulrico Owy.

—Yo creo que la Montfort no va a irle con el cuento a nadie. Sea cual fuere su jugada, es… especial, estoy seguro. Y no me sorprendería que

volviese al Texasmotel. A fin de cuentas, no sabe que yo la seguí hasta allí, ni debe saber que la hemos identificado.

—Me gustaría ponerle la mano encima —gruñó Sargen.

—De momento —le miró con sarcasmo Masters— fue ella quien te la puso a ti, en el aeropuerto. Y luego nos ha estado toreando como a becerros… ¡Sea rubia, morena o vie— ja, es toda una ardilla!

—No le veo la gracia —refunfuñó Ulrico, ante la risa de Masters.

—Bueno, Ulrico, hay que saber fugar… Se gane o se pierda, lo importante es saber jugar. Y ella sabe.

—Por lo menos, más que esta pandilla de imbéciles —asintió Ulrico.

—Me parece —sonrió Masters— que lo mejor será que te dejemos solo, para que al no vernos, se calme tu justificada ira.

—¿Quieres decir que os vais todos? —se sorprendió el bizco.

—Sí. Me los llevo a todos… pero no de paseo. Tengo la certeza de que la Montfort va a volver por su motel, y la vamos a esperar. Le vamos a tender una trampa de la que no podrá salir de ninguna manera. Lo que significa que quizá podamos recuperar el LGL. Si lo tiene ella, que es lo que pienso, nos lo entregará. Y si no lo tiene ella, quizá quede alguna baza por jugar que nos permita recuperarlo de un modo u otro.

Ulrico Owy estuvo reflexionando unos segundos, antes de asentir con un gesto y de viva voz:

—Está bien, marcharos todos. Y será mejor que consigáis algo positivo esta vez. Quiero que el LGL esté aquí cuando ella llegue. Porque si no está aquí —se estremeció—, todos lo vamos a pasar muy mal… Muy mal.

Era en verdad curioso percatarse de que un tipo como Ulrico Owy pudiese sentir temor por algo, pero todos se cuidaron muy bien de no mostrar su extrañeza. Ni siquiera de— mostraron que se habían dado cuenta de su estremecimiento.

Poco después, Ulrico estaba solo en el gran salón. Desde su sillón, oyó alejarse los dos coches. Luego, de nuevo el silencio. Estuvo tentado de llamar a su criado Eneas para que le sirviese un whisky, pero estaba demasiado nervioso para tomar alcohol. El café aún sería peor…

—Al demonio todo —mascculló.

Hacía calor. Ulrico fue a tenderse en el sofá, y se quedó mirando el techo. Lentamente, sus ojos fueron cerrándose. Había pasado una noche pésima, y llevaba veinticuatro horas de tensión… Lo lógico sucedió: Ulrico Owy se quedó dormido por el calor, el cansancio y el silencio.

Una mosca comenzó a hacerle cosquillas en la nariz.

Ulrico se dio un manotazo, soltó un resoplido, y se removió en el sofá. La mosca volvió. Ulrico le dio otro manotazo, y el insecto se alejó… pero volvió enseguida, ahora a cosquillearle en una oreja… a la que Ulrico se dio un tremendo manotazo, para alejar a la mosca… que

volvió a la carga, de nuevo a la punta de la nariz. Ulrico se dio otro manotazo, y abrió los ojos, irritadísimo.

—¡Maldita mosca, si te atrapo…! —farfulló.

—Vergüenza me daría meterme con una pobre mosca —dijo una melodiosa voz junto a Ulrico.

Este dio un grito y un salto que le dejó sentado en el sofá. Entonces, vio a la mujer… A la mujer más hermosa que habían contemplado sus estrábicos ojos en toda su vida. Era tan, tan, tan hermosa, que Ulrico Owy se quedó sin habla, maravillado, sin comprender que tenía ante él a la Montfort, pues las explicaciones de Masters sobre la periodista neoyorquina no habían sido, ni por asomo, lo bastante expresivas. Era imposible, por otra parte, descubrir tanta belleza…

Y de pronto, Ulrico se dio cuenta de que la hermosísima mujer tenía un tallo de flor en la mano izquierda y una pistolita en la derecha… y que con el tallo de la flor le había estado haciendo cosquillas hasta despertarle. La miró de nuevo a ella, vivamente. Y ella, sonriendo, dijo:

—Zambomba, ¡si es bizco! Amigo, vaya desorganización visual que tiene usted… ¿Cuál es su nombre?

—¿Cómo ha entrado aquí? —gruñó Owy.

—Por la puerta. Verá lo que hice: coloqué un emisor de señales en el coche de sus amigos, los seguí hasta aquí, y estuve vigilando la casa con unos prismáticos. A decir ver— dad, me disponía a esperar a la noche para hacer una pequeña incursión discretísima, pero vi marcharse a todo el personal, y me dije que podría adelantar la incursión. ¿Y qué dirá usted que ha pasado?

—¿Qué ha pasado?

—Pues vengo, llamo a la puerta, y me sale un negro que me dice que el señor está durmiendo y que no puede recibirme. Así que le doy un golpecito a Eneas, gordo, y que además, resulta ser bizco, pero que no sé cómo se llama. Sin embargo, como soy persona dotada de gran poder deductivo y aún más experiencia, me digo: querida, este extraño personaje tiene que ser quien dirige todo este asunto del LGL, pues sabido es que quien manda es quien duerme mientras los demás trabajan. Así que charlaremos del asesinato de Olaf Olaffsen y de otras cosas… cuando me haya dicho su nombre. ¿Y es…?

—Ulrico Owy.

—Ulrico… Tiene nombre de príncipe vikingo, o algo así. ¿Dirige usted todo esto, Ulrico?

—Sí. ¿Tiene usted el LGL?

—Así es. ¿Para qué sirve ese aparatito?

—Para nada.

Brigitte Montfort frunció simpáticamente el ceño, pero el bizco captó el punto frío en el fondo de sus ojos.

—¿No sirve para nada? Entonces, dígame por qué sus hombres estaban esperando al científico energético Olaf Olaffsen en el aeropuerto de Corpus Christi para matarlo y apoderarse de la maleta que transporta el LGL. Y aún más: según noticias facilitadas por un amigo desplazado a San Nataniel, la señora Olaffsen y su criada han desaparecido... ¿Y sabe qué pienso, Ulrico?

—¿Cómo voy a saberlo? —gruñó Owy.

—Va a saberlo porque yo se lo voy a decir: pienso que si ustedes sabían que Olaf Olaffsen venía, era porque alguien se lo dijo. ¿O venía precisamente a negociar con ustedes?

—Si hubiese venido a negociar con nosotros, no le habría ocurrido nada. Pero él quería negociar con alguien que el Pentágono enviaría a Corpus Christi para entrevistarse con él.

—Nada menos que el Pentágono... Vaya, entiendo. Pero alguien en San Nataniel supo esto, y le avisó a usted. Yo creo que ese alguien fue la criada de los Olaffsen que, para acabar de... barrer toda posible preocupación futura, esperó a que Olaf Olaffsen partiese hacia Estados Unidos, y entonces, se marchó de la casa, con la pobre señora Olaffsen, a la que seguramente asesinó y dejó tirada en cualquier parte. ¿No es así, Ulrico?

—Sí... Sí.

—Por lo tanto, esa criada es una cómplice de usted... que supongo no tardará en llegar a Estados Unidos. ¿O ha llegado ya?

—Todavía no.

—Espero tener el placer de recibirla. Nunca me gustaron los traidores. Pero, mientras tanto, hablemos del LGL. ¿Para qué sirve? Y no me diga para nada, Ulrico, se lo aconsejo.

Los desenfocados ojos de Ulrico Owy parecían mirar a todos lados a la vez. O quizá a ningún lado. Realmente, Brigitte estaba por completo desconcertada a este respecto. Ni siquiera podía ver en ellos, como en los de otras personas, el destello que precede a cualquier acción.

Y quizá Ulrico contaba con eso cuando, de pronto, se tiró de cabeza contra la hermosa mujer que había turbado su siesta. Llegó a sorprender en cierta medida a Brigitte, pero no tanto como le habría convenido; ella se puso en pie rápidamente, apartándose, y descargando un golpe con la pistola en la nuca de Ulrico, que cayó de bruces en el sillón, todavía caliente del cuerpo de la espía. Fue un golpe no demasiado fuerte, pero suficiente para semiaturdir a un hombre de complexión normal.

A Ulrico Owy sólo sirvió para enfurecerlo.

Se puso en pie rápidamente, gritando como un loco, y se lanzó de nuevo contra la espía internacional, que retrocedió un paso y apretó el gatillo de su pistolita. La bala, de acuerdo a sus intenciones, se hundió en el muslo derecho de Ulrico, a fin de derribarlo y controlarlo sin

necesidad de matarlo, ya fuese a balazos o a golpes. De nuevo gritó Ulrico, cojeó un instante, y continuó lanzado con toda su potencia contra Brigitte. Con tanta potencia, y Ulrico lo sabía, que se desconcertó al ver que la mujer no se alteraba en absoluto al ver caer sobre ella aquella mole humana. Y ni siquiera parecía tener intención de volver a disparar.

Cuando Ulrico lo comprendió ya era tarde, nada ni nadie podía librarlo del tremendo batacazo… Brigitte lo recibió con la cadera, en una postura sólida, piernas algo separadas, la cadera derecha algo salida… Contra esta cadera pareció tropezar Ulrico, mientras tras la mano izquierda de Brigitte pasaba por su sobaco y se apoyaba en su espalda, empujándolo con fuerza… No fue un *uki goshi* perfecto en cuanto al modo de realizarlo, pero sí en cuanto a los resultados, pues Ulrico salió volando a partir del momento en que tropezó con la cadera de la espía, como si ésta fuese de goma. El bizco gritó en el aire, fue a caer de cabeza al suelo, rebotó, y se sentó. Sus ojos bizqueaban más que nunca.

—No suelo fanfarronear de ello —dijo sosegadamente Baby—, pero quiero advertirle que soy cuarto Dan de judo, Ulrico. Vamos, sea inteligente. ¿No ve que, además, tengo una pistola? Venga aquí y sigamos conversando.

Ulrico comenzó a moverse; parecía que pretendía ponerse en pie, pero de pronto, lo que hizo fue rodar hacia la puerta del salón, a cuyo umbral llegó de tan incómoda manera. Brigitte había dado dos pasos hacia él, apuntándole con la pistola siempre, frunciendo el ceño.

—Es usted el más terco personaje que…

Se oyó un zumbido al tocar Ulrico con la mano en el marco de la puerta. Un zumbido veloz… y algo que relució un instante apareció delante de Brigitte, interponiéndose entre ella y Ulrico. Lanzando una exclamación de sorpresa, Brigitte apretó el gatillo de su pistolita. Pero…

…Pero, la gran lámina de cristal vertical que había aparecido del suelo, alzándose, estaba ya interpuesta completamente entre Ulrico y Brigitte, y la bala rebotó con agudo sonido, pasando cerca de la cabeza de la espía para ir a clavarse en la pared, a su espalda. Puesto de pie en la puerta, Ulrico Owy, con los ojos bailándole vertiginosamente en las órbitas, gritaba algo, y amenazaba con un puño a Brigitte, que todavía estaba pálida debido al silbido de la bala junto a su cabeza. Se acercó al cristal, y lo tocó con la mano izquierda. Por supuesto, era antibalas, así que nada iba a conseguir disparando con su pequeña pistolita que apenas podía matar a un hombre a menos que le alcanzase en puntos vitales.

Ulrico había salido corriendo del salón, y, ciertamente, Baby no estaba dispuesta a permitirle escapar tan fácilmente, así que se dispuso a saltar por una ventana al exterior y continuar la absurda pelea con el

bizco…

No habría pelea, al parecer.

Porque no había ventana alguna en aquella parte del salón donde ella había quedado encerrada con el cristal antibalas como muro. La instalación había sido hecha de modo que quien estuviese en aquella parte del salón, al subir el cristal, quedase como en una celda.

¿Y eso era todo?

Al mismo tiempo que comprendía que eso no podía ser todo, Brigitte olía el gas. Con lo que quedaba demostrado que no era ella la única en servirse de tan conveniente elemento. Saltó hacia donde había dejado su maletín, sacó la mascarilla de compresa, y se la colocó ante la boca y la nariz, sujetándola tras la nuca, como si se tratase de una mascarilla aséptica de cirujano. Hecho esto, recurrió al trípode de tubos de aluminio que normalmente servían para sostener su cámara fotográfica para tomar fotografías con disparador de tiempo… y que, anormalmente, se convertía, en pocos segundos, en un tubo-fusil, que se completaba encajando en un extremo del tubo lo que parecía… y en realidad era, un secador de cabello a pilas…

Estaba terminando de montar esto cuando vio aparecer a Ulrico en la otra parte del salón, sonriendo ferozmente… El bizco se quedó petrificado al verla provista de mascarilla, su sonrisa desapareció como humo al viento. Luego, sin duda sus ojos debieron mirar lo que estaba manipulando Brigitte, y no debió comprender, porque su ceño se frunció…

Y su boca se abrió cuando, tras deslizar una cápsula metálica de color gris plata por el extremo libre del tubo-fusil, la espía apuntó hacia el cristal… que un instante después saltó en un millón de diminutos pedacitos, como diamantes disparados contra Ulrico Owy… al mismo tiempo que aparecía una gran llamarada azul que produjo una bola de humo densísimo.

Cuando la bola de humo comenzó a disiparse, Brigitte fue hacia la puerta, convencida de que Ulrico estaba allí, acribillado por los proyectiles vítreos, pero no era así. Se veían manchitas de sangre salpicadas por todas partes, pero Ulrico no estaba.

La casa comenzó a vibrar, los cristales temblaron con fuerza, se oyó tintineo de vidrio por todas partes… Brigitte corrió hacia una ventana, y saltó al exterior, rodando por la hierba.

Cuando *se* puso en pie, oyó el rumor de un helicóptero.

Alzó la cabeza, y vio el pequeño aparato, como brotando de la casa… Una parte del tejado se había descorrido, y de dentro de la casa aparecía un pequeño helicóptero pintado de blanco y azul, disparado velozmente hacia arriba. Por un instante boquiabierta, la espía internacional estuvo contemplando aquella especie de pequeño huevo volador, que se

elevaba rápidamente… pero no tanto que no pudiese ver, a los mandos, a un hombre que tenía el rostro completamente ensangrentado, y que la amenazaba con un puño.

En cuestión de segundos, el huevo volador había desaparecido en el cielo, lanzando miles de destellos plateados.

—Pasmoso —acertó a decir por fin Brigitte—… Verdaderamente pasmoso. Una gente tan bien organizada, deben estar tramando algo verdaderamente serio, muy importante. Y por supuesto, sea lo que fuere, la acción está basada en ese aparato al que llaman LGL… Creo que ha llegado el momento de que vaya a echarle un vistazo.

Capítulo VII

DEBÍAN ser las diez y media de la noche cuando Brigitte Montfort llegó al Texasmotel, llevando en el portaequipajes de su coche la maleta conteniendo el genuino aparato que tanto personal estaba movilizando.

El motivo de llegar tan tarde era simple: había esperado que fuese de noche para volver al bosquecillo de pinos donde había dejado escondido el LGL el día anterior. Luego, había tenido que localizar el pino sin encender su linterna, ni luz alguna. Había tenido que subirse de nuevo al pino, en cuyas ramas altas había dejado la maleta robada en el aeropuerto, y descolgarla con cuidado… Y finalmente, regresar al motel.

Considerando todo lo que había hecho, no se podía decir que hubiese sido lenta, ni mucho menos.

Cuando detuvo el coche delante de su cabaña, Brigitte quedó un instante pensativa, dubitativa. ¿Por qué no se limitaba, simplemente, a arrojar al fondo del mar aquella maleta? A buen seguro que no era nada que fuese a beneficiar a la Humanidad, pues, de ser así, serían personas bien diferentes a Ulrico Owy quienes se interesarían por el LGL.

«Bueno, de todos modos no pierdo nada echándole un vistazo. No quisiera equivocarme;»

Salió del coche, abrió el portaequipajes, y sacó la maleta, cargada con la cual caminó hacia su cabaña. Simón-Corpus estaba a salvo, pero lejos, con los demás, ya que no quería que viesen el aparato. Si la Central les pedía explicaciones de la ayuda que habían prestado a Baby, podrían decir que habían cumplido la orden dada en todo el mundo a todos los agentes de la CIA, y eso sería todo; no se verían comprometidos por lo que ella hiciese, y mucho menos si ni siquiera sabían que ella tenía el LGL, el aparato que, al parecer, Olaf Olaffsen había ofrecido al Pentágono… cuyos enviados ya debían saber que el científico energético había sido asesinado, y, por supuesto, debían estar desesperados por no disponer del LGL.

«Estaría bueno —pensó Brigitte— que en estos momentos la CIA estuviese requiriendo mi presencia a tío Charlie para que me dedicase a la búsqueda del LGL.»

Lo malo de pensar, es que a veces se distrae uno, se concentra tanto en su interior, que no se da cuenta de lo que sucede alrededor, en el exterior.

Brigitte se dio cuenta cuando ya estaba dentro de su cabaña y estaba accionando el interruptor para encender la luz. En el mismo instante en que se encendía la luz, y ella comprendía que dentro de la cabaña había alguien, vio a Lionel Masters, sentado en un sillón, y parpadeando, momentáneamente molesto por la luz. Brigitte dejó caer la maleta, movió una mano hacia el escote… y otros dos hombres aparecieron ante ella, uno de cada lado de la puerta, y ambos apuntándola con sus grandes pistolas provistas de silenciador. Dos hombres de los que, ciertamente, no podía esperar grandes consideraciones: Sargen y Lomax.

Lionel Masters se puso en pie, se acercó, y, al ver el gesto de la espía, sonrió amablemente.

—No sea demasiado dura con usted misma: todos cometemos errores.

—Pero no es costumbre en mí cometerlos tan grandes —replicó serenamente la divina.

—Bueno, no hay que exagerar. Usted no tenía por qué suponer que yo sabía que estaba alojada aquí. Aunque de todos modos, podía haberla encontrado en Nueva York, ¿no le parece?

—Pero yo ya no tendría el LGL.

—Ah, seguramente. ¿Pensaba entregarlo a la CIA?

—Depende.

—Depende… ¿de qué? —se sorprendió Masters.

—De para qué sirva el aparatito.

Lionel Masters parpadeó, confuso, desconcertado.

—¿Quiere decir que según para lo que sirva, usted podría decidir quedárselo?

—No. Lo tiraría al fondo del mar.

Ahora, Masters quedó estupefacto, durante unos segundos. Luego, soltó un refunfuño, se apoderó de la maleta, y fue a colocarla sobre el sofá. Se volvió hacia Lomax, y musitó;

—Avisa a los demás para que vengan aquí. Todos.

Lomax salió, dejando a Brigitte solamente al cuidado de Sargen, que no la perdía de vista. Lionel Masters se dispuso a abrir la maleta…

—Cuidado —advirtió Brigitte—: hay una bomba dentro.

—¿De veras? —la miró sonriente Masters.

Por su parte, Sargen soltó un gruñido de rabia, se acercó a Brigitte por detrás, y la golpeó en los riñones con las dos manos juntas y entre ellas la base de la culata de la pistola. Brigitte salió despedida hacia delante, sin emitir un gemido, y cayó de rodillas. Sargen se precipitó hacia ella, descompuesto el rostro por la furia.

—Perra asquerosa, yo te…

—Déjala, Sargen. Sólo vigílala.

—Señor Masters, esta puerca…

—No me gusta repetir las órdenes.

Sargen compuso una mueca hosca, pero se quedó quieto, mirando fijamente a Brigitte, que se puso en pie y fue a dejarse caer en un sillón. Masters la miró amablemente, fue a colocarse tras ella, y, sin más explicaciones, metió la mano derecha en el escote de la espía, retirando de allí la pistolita de cachas de madreperla, que se guardó en un bolsillo. Luego, volvió ante la maleta, la abrió sin complicación de ninguna clase, y se quedó mirando las piezas colocadas en sus alvéolos de poliuretano, muy serio, en silencio.

—¿Están todas las piezas? —preguntó Sargen.

—Parece que sí, pero no estoy seguro. Tendremos que esperar a que ella lo confirme, en el supuesto de que lo sepa… y en el supuesto de que consiga llegar a Corpus, cosa que empiezo a dudar. Quizá haya llegado, de todos modos… Vigila bien a la señorita Montfort: voy a llamar a Ulrico.

—¿Desde aquí?

—Ahora ya tenemos al ave del paraíso —sonrió Masters, señalando a Brigitte—, así que no importa que utilicemos su teléfono. El conserje, con el cual ya hablé esta mañana, reconocerá mi voz… y ya sabe que soy amigo de la señorita Montfort.

En efecto, Masters no tuvo dificultad alguna para comunicarse con la villa de Ulrico Owy desde la cabaña 31 del

Texasmotel. Lo que no pudo conseguir fue hablar con Ulrico Owy.

—Pero… ¿qué ha pasado, Eneas?

Durante más de tres minutos, Lionel Masters estuvo escuchando al criado negro de Ulrico, dirigiendo frecuentes miradas a la prisionera, que compuso un gesto verdaderamente angelical, pese a que sabía que Eneas, al describir a la mujer que le había golpeado, no podía decirle las cosas con más claridad a Masters, que finalmente tomó su turno de hablar:

—Está bien. ¿Cuándo llegó ella?

Al oír esto, Brigitte miró vivamente a Masters, que tuvo su turno de sonreír irónicamente. ¿Ella? Por supuesto, la criada de los Olaffsen en San Nataniel, la que había traicionado a…

—Entiendo. Bien, ve adonde está escondida y dile que no hay nada que temer ya. Tenemos a la espía y tenemos el LGL. Dile que nos espere en la casa, que llegaremos dentro de poco con el LGL, y que nos dirigiremos todos juntos adonde ha ido el señor Owy…

—Nosotros sí sabemos adónde ha ido a ocultarse, Eneas, no te preocupes por eso. Dile a ella que nos espere, eso es todo. Y que esté preparada para ir al lugar del disparo. ¿Lo has entendido bien?

—Pues eso es todo. Bueno, si llamase el señor Owy por teléfono, dile

que todo se ha solucionado, y que vamos todos a reunimos con él al lugar del disparo, al sitio convenido. No vayas a equivocarte en nada, Eneas.

—Está bien. Ve a buscarla ahora a ella, y que nos espere. Eso es todo —Masters colgó el auricular, estuvo unos segundos pensativo, y luego se volvió a mirar de nuevo a Brigitte—. Es usted una mujer de gran actividad, según entiendo. Lo que no entiendo es por qué trabaja sola, por qué dice eso de enviar el LGL, al fondo del mar, en lugar de haberlo entregado ya a la CIA… ¿O no trabaja usted realmente para la CIA?

—Pues *realmente*, no, no trabajo para la CIA.

—¿Para quién trabaja, entonces? ¿Para los rusos?

Brigitte le dirigió una hosca mirada. Miró luego a los hombres que habían ido entrando en la cabaña, hasta un total de ocho, y finalmente quedó sumida en sombrío silencio. Lionel Masters se quedó de nuevo mirándola, cada vez con más curiosidad… y con más admiración. De pronto, su mirada se fijó en el maletín rojo con florecillas azules que Brigitte había colocado a su lado en el sofá, se acercó, y lo tomó. Se sentó junto a Brigitte, y abrió el maletín, comenzando a sacar cosas… Diez minutos más tarde, el pasmo de todos los hombres reunidos en la cabaña 31 del Texasmotel era total contemplando todo lo que había llegado a salir de aquel «simple» maletín: dinero en abundancia, pasaportes varios, ampollas extrañas, un paquete de cigarrillos que contenía una radio, un cepillo para el cabello, del cual salía un estilete…

Lionel Masters cortó con este estilete uno de Los cordones de las cortinas de las ventanas, y con él ató las manos de Brigitte a la espalda, sólidamente. Luego, encendió un cigarrillo, y finalmente, miró su reloj.

—Podéis marcharos —dijo.

Todos se quedaron mirándolo estupefactos.

—¿Marcharnos? —exclamó por fin Forrest.

—Sí. Id al punto de emergencia. El señor Owy está allí, con el resto del comando. Todo lo que tenéis que hacer es esperar.

—Pero… el señor Owy querrá que usted esté allí para el disparo…

—Ya ha pasado la hora del disparo, Forrest. Lo que quiere decir que tendremos que esperar a mañana. Y ahora, sin más discusiones, agarrad esa maleta con el LGL y marchad a reuniros al punto de emergencia con el señor Owy.

—¿No recogemos en la casa a…?

—No. Yo le daré a Eneas un recado para ella, o, sí ella está ya en la casa, se lo daré personalmente. Id directos al punto de emergencia.

—Sí, señor.

El propio Forrest cargó con la maleta. Salieron todos de la cabaña, y, en el silencio, oyeron Brigitte y Lionel los motores de los coches… Poco después, el silencio era total. Masters volvió a recurrir al teléfono. Le

contestó Eneas, quien acto seguido cedió su puesto a la mujer que estaba esperando en la casa a Masters y a los otros.

—No pasaremos por ahí —dijo Masters—. Y tampoco es conveniente que te quedes en la casa, pues no estoy seguro de cómo dejó las cosas una tal señorita Montfort…

—…

—Sí, ésa, exactamente. ¿La conoces?

—¡…!

—Sí, lo sé, es famosísima. Bien, ella está ahora en el Texasmotel. Y yo con ella. Vamos a estar charlando un rato. Mientras tanto, lo mejor es que abandones la casa y te alojes en un hotel en Corpus, por si acaso. Yo te avisaré, pues hasta mañana no podrá realizarse el disparo… ¿En qué hotel estarás?

—…

—De acuerdo. Mmm… Voy a estar muy ocupado esta noche, así que no pienso llamarte hasta mañana. Lo cual creo que te sentará muy bien: debes estar muy fatigada.

—…

—Pues tienes toda una noche de dulce descanso —rió Masters—, Hasta mañana, encanto.

Lionel Masters colgó el auricular, quedó una vez más pensativo, encendió un cigarrillo, y de pronto miró a Brigitte, que le contemplaba a su vez fijamente, atentamente.

—Me gustaría fumar —pidió ella.

Masters se mostró en verdad amable. Acercó un sillón, se sentó delante de Brigitte, y le ofreció una fumada. Luego fumó él, volvió a ofrecerle a ella, y, de pronto, preguntó:

—¿Sabe por qué he variado algunos detalles de mi… actuación de esta noche? Me refiero a no ir con mis hombres, a no pasar a recoger a… a nuestra amiga, a preferir quedarme aquí… ¿Sabe por qué lo he hecho?

—No.

—Hay dos buenos motivos. Uno de ellos es que usted es tan hermosa que quiero pasar la noche con usted en esta cabaña, en la cama, naturalmente; la ataré bien, y gozaremos… o al menos yo gozaré del sexo y de la belleza de usted. Estoy seguro de que no gritará, ni cometerá estupideces.

—¿Por qué está seguro de eso?

—Por el segundo motivo: usted es demasiado inteligente para gritar, porque sabe que si lo hiciese, la mataría y desaparecería del Texasmotel. Una mujer tan inteligente preferirá, sin duda alguna, una noche de sexo más o menos forzado, a la muerte. ¿Sí o no?

—No entiendo por qué supone usted que soy «tan inteligente».

—Seguimos dentro del segundo motivo. He estado pensando en usted. Pensando detenidamente, en estos últimos minutos… ¿Sabe a qué conclusión he llegado, que es la que determina mi segundo motivo?

—¿A qué conclusión ha llegado?

—¿Ha oído usted hablar de la agente Baby, de la CIA?

—No —negó Brigitte *Baby* Montfort.

—¿No? Bueno, es extraño, en una periodista de altísimos vuelos como es usted. De todos modos, no vamos a dedicarnos ahora a hacer una biografía de esa Baby… ya que ninguno de los dos la conocemos, al parecer. Es decir, yo sí la conozco.

—Ah… ¿Y quién es? ¿Qué pasa con ella?

—Son dos preguntas formidables y muy oportunas —sonrió Lionel Masters—. ¿Quién es? Pues es usted, señorita Montfort. ¿Qué pasa con ella? Pues que los rusos y los chinos ofrecen por ella varios millones de dólares, según una conversación casual que sostuve hace unos meses con unos cubanos que andaban haciendo cosillas sin importancia, cerca de Houston. Si no recuerdo mal, hablaron de cinco o seis millones de dólares.

—¡Vamos…! —rió Brigitte—. ¿Está usted diciendo que alguien pagaría por mí seis millones de dólares?

—Aunque sólo fuese por su belleza, los pagarían —sonrió de nuevo Masters—. Así que de ahí ha partido mi idea. Primero voy a gozar con usted toda una noche, ya que de todos modos, esta noche Ulrico y yo ya no podemos hacer nada, y tenemos que esperar a mañana. Y mañana, después de nuestro… trabajo, me las arreglaré para venderla a los rusos. ¿Es usted virgen?

—Naturalmente, puesto que soy soltera —dijo Brigitte.

Se quedaron mirándose. Masters rompió a reír de pronto, y Baby se limitó a sonreír, con un gesto muy simpático y angelical, mientras sus ojos se iban convirtiendo en trocitos de hielo azul…

—Parece que se dispone usted a pasar una noche divertida, señor Master —dijo amablemente—. Yo espero que sea usted un hombre… ¿cómo lo diría…? mundano, hábil, amable, complaciente.

—¿Qué quiere decir?

—Que no se comportará como un brutal macho, sino que sabrá vivir el momento como un… experto degustador de toda clase de placeres. En suma, que no hace falta que se ponga nervioso ni brutal… Podemos charlar, beber algo, pasarlo… del modo menos rudo posible.

—Estupenda idea —exclamó Masters—. ¿De qué podríamos hablar, por ejemplo?

—Del LGL.

—¡Ah! Ya… Si, entiendo. Bueno, ¿qué quiere que le diga sobre el LGL?

—Podría empezar por decirme qué significan esas letras.

—Significan Lasser Gamma Lightning. O sea, más o menos, Relámpago de Rayos Lasser y Gamma.

—Jamás había oído nada semejante.

—Yo tampoco —rió Masters—. Pero ¿qué quiere? Así son los científicos: en cualquier momento se sacan de la manga la cosa más rara que uno pueda imaginar. Hace unos años, por ejemplo, si alguien hubiese dicho que poniéndose detrás de una pantalla se le podían ver la forma de los huesos y oirás cosas, habría dicho que aquello era locura o brujería… o las dos cosas. Hoy día, los Rayos X son aceptados por todo el mundo con naturalidad. Cabe pensar que lo mismo pasará dentro de un tiempo con el LGL.

—Claro. ¿Y qué propiedades tiene el LGL?

—Es usted extraordinaria —Masters no cesaba de reír—. Los dos sabemos perfectamente que yo me estoy dando cuenta de que me está sonsacando. Por lo tanto, no se trata de que usted me esté tratando como a un tonto que no se da cuenta de que lo están… manejando, sino que, simplemente, está utilizando su encanto para que yo le vaya diciendo todo lo que quiere saber.

—¿Y qué importa lo que yo llegué a saber? —sonrió la divinísima espía—. ¡Para lo que va a servirme…!

—Aunque capto en su tono de voz algo extraño, estoy de acuerdo con usted. No va a servirle de nada. Así que puedo permitirme el lujo de hablarle del LGL. ¿Usted quiere saber qué propiedades tiene? Veamos… Antes hemos hablado de los Rayos X, ¿no es así? Pues el LGL es algo parecido. Sí… Algo parecido. Digamos que… penetra a través de los cuerpos.

—¿De qué cuerpos? ¿Cuáles son las consecuencias?

—Usted, señorita Montfort, va haciendo pregunta inteligente tras pregunta inteligente.

¿Qué cuerpos? Pues, todos. Y estoy diciendo *todos*. Pero, el LGL tiene, realmente, unas propiedades muy específicas. Todas las piezas que usted vio en la maleta forman una especie de… ametralladora que lanza un rayo continuo de LGL. Ese rayo puede atravesar cualquier obstáculo *sin violencia, sin dejar rastro…*

—¡Eso es formidable!

—…Excepto en las cargas atómicas.

Brigitte palideció, y Masters sonrió. Una sonrisa seca, sarcástica. Acto seguido, dio una chupada al cigarrillo, y echó el humo al rostro de ella, que sólo entonces reaccionó, moviendo la cabeza.

—Me parece —dijo Masters suavemente— que usted ha comprendido inmediatamente las grandes posibilidades del LGL, señorita Montfort. Lo cual ratifica mi opinión de que es usted muy inteligente… aparte, claro,

de tener una rapidísima comprensión… y una serie nada despreciable de conocimientos nucleares.

—¿Qué se proponen hacer con el LGL? —jadeó Brigitte.

—Es asombroso el modo en que facilita usted la explicación, el modo en que encauza el diálogo hacia una exposición perfecta de los acontecimientos. ¿Qué me propongo hacer? Bueno, en realidad, no soy yo quien dirige todo esto; sólo soy una pieza de confianza… que en determinado momento puede llegar a ocupar un alto cargo mundial. Digamos entonces, modificando un poco su pregunta, que mi grupo se propone hacer algo. Lo siguiente; disparar un rayo del LGL hacia uno de los silos atómicos de los Estados Unidos.

—Por Dios…

—En realidad, es sólo una prueba. Una pequeña prueba, no tema. Usted sabe que Estados Unidos tiene silos con bombas atómicas, distribuidos por todo el mundo. Naturalmente, aquí mismo, en territorio nacional, hay silos muy bien acondicionados, esperando el momento más que posible en que esos proyectiles deban ser lanzados hacia… cualquier sitio: Cuba, por ejemplo. Está relativamente cerca. Más cerca, por ejemplo, que Rusia. No muy lejos de aquí, por supuesto en el estado de Texas, hay algunos silos de ésos. Uno especialmente ha llamado nuestra atención. ¿Le suena el nombre de Trinity Town?

—Es una localidad tejana… que está a unas cuarenta millas de Corpus Christi… me parece.

—Exacto su conocimiento geográfico. En las afueras de esa localidad tejana, a unas dos millas hacia el Norte, hay… una granja de experimentación del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos… ¿Sabe lo que realmente hay en el subsuelo de esa granja, a una profundidad de unos cien pies?

—¿Rampas de lanzamiento de proyectiles atómicos?

—¡Absolutamente fantástica su clarividencia! En efecto, eso es lo que hay en los… sorprendentes sótanos de esa granja. Según ciertos informes, veinticuatro proyectiles atómicos de doscientos megatones están esperando, muy bien cuidados y revisados continuamente, el momento posible en que serán lanzados al espacio. Pues bien: con el LGL no hace falta que se molesten en utilizar las rampas ni los mecanismos de disparo. Basta que el LGL llegue a uno de esos proyectiles, atravesando *todos los obstáculos*, incluido el plomo, el hormigón y el acero, y… ¡pummmmm!, ese proyectil estallará. Lo que nos preguntamos es si al estallar ese primer proyectil, alcanzado por el LGL, estallarán también los demás. Eso, Olaf Olaffsen no lo aclaró… No tuvo tiempo. Como usted bien sabe, tuvo un accidente.

—¡Por Dios que me alegro de que lo asesinasen! —exclamó Brigitte —, ¡Me alegro!

—No debería alegrarse tanto, ya que si no lo hubiésemos asesinado, habría vendido su invento al Pentágono.

—Me alegro de todos modos.

—Al parecer, usted no se da cuenta de que quien posea el LGL tendrá todo el poder atómico del mundo. TODO.

—Me doy perfecta cuenta. Me alegro de que no lo tenga el Pentágono, y si de mí dependiese, no lo tendría nadie.

—Desdichadamente, alguien lo tiene: nosotros. Lo que significa que nos hemos convertido en la primera, por no decir la UNICA potencia mundial en poderío nuclear. Vea si es sencillo… Primero, haremos estallar los silos de Trinity Town. ¿Se imagina? Y si vemos que el LGL funciona, todo lo demás será muy sencillo. Nos bastará advertir a los gobiernos de todos los países que deben ponerse a nuestra disposición, a menos que prefieran que todos sus depósitos de bombas atómicas estallen. Sin complicaciones, sin riesgos para nosotros, sin enviar comandos, sin organizar guerras, ni expediciones técnicas, ni sabotajes de ninguna clase… Sólo habría que ir viajando con el LGL desmontado por piezas e ir instalándolo en los sitios convenientes. Teniendo en cuenta que su alcance es superior a las veinte millas, quiere decir que podríamos hacer estallar todos los silos atómicos del mundo que nos conviniese… a menos, claro está, que el mundo sea sensato y decida aceptar un gobierno central, único, que estaría representado por Ulrico Owy. De lo contrario, los silos atómicos irían explotando uno tras otro. Terrible, ¿no le parece? Lo de Trinity Town va a ser una prueba. Si sale bien, no tenemos la menor duda de que Estados Unidos habrá comprendido la lección, y que avisará a Rusia de lo que le espera si no acata las disposiciones de Ulrico Owy. Y así, sucesivamente, hasta que la Tierra esté bajo un mandato único… que, sin ningún esfuerzo, tendrá a su disposición todo el poderío nuclear mundial. ¿No es fantástico?

—Es una locura.

—¿Por qué? Si analiza detenidamente la situación, verá que todo el mundo está bajo la presión del poderío atómico… sólo que este poderío atómico está repartido entre varias potencias. Todo lo que vamos a hacer nosotros es… unificar ese poderío. En cierto modo, tiene gracia que Rusia, por ejemplo, disponga de diez mil proyectiles atómicos que le han costado billones de dólares… o de rublos, y de pronto se encuentre con que quien realmente puede disponer de esos proyectiles no son ellos, sino Ulrico Owy. ¿No le hace gracia la situación?

—Lionel: ¿qué espera usted ganar con todo esto? ¿Dinero? ¿Poder?

—De todo un poco.

—Hablemos en serio… Dígame cuáles son exactamente sus ambiciones personales, y yo puedo ir introduciéndolo de modo que llegaría a alcanzar más poder personal del que estaría dispuesto a

otorgarle el propio Ulrico.

—Lo cual significa que, ciertamente, usted es Baby.

—Sí.

—Bien… A última hora su inteligencia ha fallado, señorita Montfort. ¿Aún no lo ha comprendido? Yo soy un subordinado de Ulrico Owy… *por ahora*. Pero, claro está, mis esperanzas son mucho mayores.

—¿Tiene proyectado eliminar a Ulrico en el momento oportuno… y ocupar su lugar?

—De nuevo vuelve a brillar la luz de su inteligencia —sonrió una vez más Master—. De todos modos, no tengo prisa. Por ahora me interesa más ser una pequeña pieza, permanecer a la expectativa, esperar que todo esté definido… Entonces, habrá llegado mi momento. Mientras tanto, volvamos a hablar de sexo, ya que opino que me he comportado de modo sociable, comunicativo, nada rudo; incluso simpático. ¿Cree que ya es suficiente de conversación, por ahora?

—¿No quiere escuchar ninguna de mis ofertas?

—La verdad es que de usted sólo me interesa lo que estoy viendo en este momento. Y como aún quiero ver más, como deseo llenarme los ojos con su belleza antes de poseerla, vamos a recurrir ahora a una cierta simpática rudeza…

Lionel Master se había acercado a Brigitte, mientras hablaba, y, al terminar, asió la ropa de ella, por el borde del escote, y dio un fortísimo tirón, arrancándolo todo, de modo que los hermosos senos de la espía parecieron saltar, completamente descubiertos.

Y, al mismo tiempo, saltó la propia espía.

La sorpresa fue mayúscula para Lionel Masters. En realidad, más que sorpresa fue incredulidad, un pasmo absoluto… Ni mucho menos podía esperar una cosa así de una persona que estaba sentada y con las manos atadas a la espalda. El salto fue en verdad increíble, y la primera consecuencia para Masters fue el horrible dolor que brotó en su bajo vientre cuando, todavía en el aire, Brigitte le disparó su pie derecho entre las ingles.

Ahora fue Masters quien quedó pálido, con el rostro desencajado, como traspuesto todo él… mientras la espía caía de pie delante suyo, y sin darle tiempo a reaccionar, volvía a disparar su pie derecho, hacia el mismo sitio. El rostro de Masters quedó del color de la ceniza. Parecía que fuese una estatua, pero dejó de parecerlo cuando comenzó a caer hacia delante. Cayó de cara, rebotó, y quizá la violencia del golpe en la nariz le hizo reaccionar, porque se giró, y movió la mano hacia donde había guardado la pistola de Baby.

El puntapié le alcanzó ahora en un lado del cuello, bajo la oreja derecha. Giró, quedó tendido boca abajo, y todavía movió la mano en busca del arma… Brigitte se acercó, apuntó mejor, y disparó de nuevo

su pie, hacia la sien derecha de Lionel, Masters… Este respingó fuertemente, dio un salto en posición horizontal, cayó de bruces otra vez, y emitió un profundo ronquido. Se relajó de pronto, y quedó inmóvil.

Sus ojos estaban casi fuera de las órbitas, su rostro del color de la cera… su corazón había dejado de latir.

Jadeando, Brigitte quedó de pie junto a él, mirándolo vigilante, —tensa, como la fiera dispuesta a descargar el último zarpazo a su presa. No hizo falta. Lionel Masters había pasado a mejor vida. O a peor, nunca se sabe. La espía se sentó en el sofá, y suspiró profundamente. Unas finas gotitas de sudor se deslizaban por su frente, por sus facciones rígidas en aquel momento…

Y en ese instante, sonó el teléfono de la cabaña.

Capítulo VIII

BRIGITTE giró velozmente los ojos hacia el aparato, y se quedó mirándolo fijamente. El timbre seguía sonando, pero ella no se movía. Por supuesto, tenía que ser alguno de los amigos de Masters, que la llamaba para consultar cualquier asunto, sabiendo que él estaba allí, controlando la situación… teóricamente. ¿Qué hacer? Si contestaba, sabrían que la situación había cambiado, y tomarían sus medidas. Si no contestaba, podían pensar eso mismo, pero, también, que Masters se estaba divirtiendo con ella, y que no quería contestar.

Optó por dejar que creyesen esto último, si querían. Fue hacia la pequeña cocina de la cabaña, agarró un cuchillo con cierta dificultad, y lo clavó en la pared, con fuerza. Luego, fue sencillísimo cortar las cuerdas que sujetaban sus muñecas, utilizando ese cuchillo. El teléfono había dejado de sonar, desde luego.

Ya libres las manos, volvió al saloncito-comedor de la cabaña, y se acuclilló junto a Masters, tocándole una yugular. Ya comenzaba a enfriarse.

«Dios mío, qué pronto nos llega el frío de la Muerte…»

Estaba mirando los desorbitados ojos de Masters, cuando sonó la llamada a la puerta. El sobresalto de Brigitte fue tal que se puso en pie de un salto. Luego, se inclinó, "recuperó su pistolita del bolsillo de Masters, y agarró a éste por los pies, arrastrándolo rápidamente hasta detrás del sofá. Acto seguido se acercó a la puerta, y se colocó a un lado. Estaba segura de que no era ninguno de los amigos de Masters, pues de ser así, habría dicho algo, presentándose…

—¿Quién es? —preguntó con voz natural.

—¿Señorita Montfort? —preguntaron en español.

—Sí… ¿Quiénes, qué quiere?

—Me llamo Pepito Ayala, señorita Montfort. He llegado hace poco de San Nataniel… Le traigo unas fotografías.

Por un instante, Brigitte quedó estupefacta. Luego, recordó que, en efecto, había convenido con Nathan que éste le enviaría las fotografías de la mujer de Olaf Olaffsen… Ya no iban a servir de nada, puesto que, sin duda, había sido asesinado. Pero…

Abrió la puerta, pero permaneciendo a un lado.

Lo primero que vio entrar fue un bigote enorme. Detrás, un

hombrecillo muy moreno, flaco como un espárrago, grandes ojos saltones, traje blanco… El hombre giró la cabeza, la vio, comenzó a sonreír… y palideció cuando vio la pistolita en la mano de Baby.

—¡Me envía Nathan! —casi gritó Pepito Ayala.

Brigitte cerró la puerta, y señaló hacia el sofá. Pepito Ayala fue allá, se sentó, y se quedó mirando, muy inquieto, a la bellísima mujer a la que, prácticamente, estaba viendo los pechos en toda su desnudez. Ella se dio cuenta de su mirada, sonrió, y alzó la ropa como pudo.

—¿Y cómo sé que realmente le envía Nathan? —preguntó, a pesar de que estaba segura de que era así.

—Porque soy amigo de Cirilo Baena.

—Ah. Bueno, Pepito, póngase cómodo mientras yo me pongo otro vestido… ¿Me entrega las fotografías?

Pepito Ayala sacó cuidadosamente un sobre del bolsillo, que entregó a la mujer de los bellísimos pechos. Ella se retiró al dormitorio, cerró la puerta, y Pepito quedó solo. Durante unos segundos, estuvo mirando a su alrededor, como quien espera ver algo interesante, que le distraiga. Como no fue así, se puso en pie, y comenzó a dar unos paseíllos.

Tardó muy poco en ver el cadáver de Lionel Masters. Se quedó mirándolo como quien ve visiones antes de palidecer. Luego, corrió hacia el dormitorio, y llamó a la puerta.

—¡Señora! ¡Señora!

La puerta se abrió. Brigitte Montfort apareció, vestida ya con otra ropa, y frunciendo el ceño.

—Señorita, Pepito, señorita.

—Sí… Sí, sí —tragó saliva Ayala—, Bu… bueno… ¿sabe que… que tiene un… muerto en el salón?

—¿Un muerto? —alzó las cejas la divina—. ¡Santo cielo, qué espanto!

—Sí… ¡Qué espanto, sí! ¡Habría que hacer algo!

—Lo haremos. Desde luego, no ha venido usted desde San Nataniel en un avión especial, ¿verdad?

—Pues no… Bueno, el señor presidente estuvo intentando arreglarlo así, pero no fue posible. Usted ya sabe, nosotros no somos la CIA precisamente. Recuerdo que el señor presidente me dijo: Pepito, tienes que…

—Me imagino todo lo que pudo decirle el señor presidente, Pepito. Incluso debió decirle que se pusiera a mi disposición absolutamente para todo, ¿no es así?

—Sí, sí, me dijo eso varias veces. Todo lo que usted me ordene, tengo que hacerlo.

—Bien. Un momento;… ¿Fue usted quien llamó antes por teléfono?

—Sí. Fui a la conserjería a preguntar por usted. Me dijeron que

estaba, pero que no sabían si podría recibirme. Yo dije que era importante, pero como usted no contestaba al teléfono, me indicaron que era mejor que volviese en otro momento. Sin embargo, como el señor presidente me dijo que tenía que entregarle las fotografías cuanto antes, yo vine aquí, pues ya me habían dicho el número de su cabaña.

—Bien hecho. Bien, respecto a hacer todo lo que yo le ordene, pues es muy sencillo. Lo primero será ayudarme a sacar de aquí el cadáver; lo llevaremos en mi coche a cualquier sitio donde no lo vayan a encontrar fácilmente, y nos desharemos de él. ¿Fácil?

—Fácil —asintió Pepito.

—Luego, iremos los dos al mejor hotel de Corpus Christi, y… ¿Usted formaba parte del grupo dedicado a vigilar rutinariamente a Olaf Olaffsen y su esposa?

—Sí. Por eso me envió el señor presidente.

—Entiendo. Naturalmente —Brigitte tomó las fotografías de la señora Olaffsen, que tenía sobre la cama—, ésta es la señora Olaffsen, sin duda alguna.

—Naturalmente, sin duda alguna. Su nombre de soltera, según su pasaporte, era Adela Maldonado, de nacionalidad mexicana. Sus documentos estaban en regla, pues, de otro modo, no habría podido instalarse en San Nataniel.

—Entiendo. ¿Qué saben de la criada?

—Se llama Elvira Castro. Es de San Nataniel.

—¿No han encontrado todavía a ninguna de las dos?

—Cuando yo salí de San Nataniel, no.

—Es poco probable que las encuentren. Una está muerta, y la otra, que es su asesina, está ya en Estados Unidos.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Luego se lo explicaré, cuando estemos instalados en el hotel.

—¿Los dos en el mismo hotel?

—Y en la misma *suite*, Pepito. Pasaremos la noche juntos. Pepito Ayala abrió mucho los ojos, y exclamó, de todo corazón:

—¡Viva el señor presidente!

* * *

A las seis de la mañana, Pepito Ayala estaba hasta las cejas del señor presidente de San Nataniel, porque, contra lo que tan optimistamente había supuesto él, lo de pasar la no— che con la señorita Montfort no fue precisamente un placer, sino la más dura y agotadora noche de trabajo que había tenido en su vida.

Y desde luego, no fueron a un hotel, sino a un apartamento de un

viejo edificio, adonde comenzaron a llegar hombres. Uno de ellos se encaró con Ayala, y le dijo que le «dictase» el rostro de Elvira Castro, la criada de los Olaffsen; una vez estuvo «confeccionado» este rostro, con una perfección que dejó atónito a Pepito Ayala, la señorita Montfort ordenó que se hiciesen muchas copias, y que fuesen repartidas entre todos los que participarían en la búsqueda.

Pero no sólo en la búsqueda de Elvira Castro, al parecer, ya que la señorita Montfort, que era «muy rara», dio instrucciones aparte a sus amigos, sin que Pepito pudiese oírlas. Mientras tanto, llegaron los otros hombres, que dijeron que en la villa de Marhis no había nadie, ni siquiera el negro Eneas, lo que la señorita Montfort explicó diciendo que, puesto que todos se habían marchado de la villa, Eneas no había querido quedarse para ser el chivo expiatorio.

Pero el verdadero trabajo de Pepito comenzó cuando la señorita Montfort comenzó a hacerle preguntas sobre Adela Maldonado y Elvira Castro, es decir, sobre la esposa y la criada, respectivamente, del científico Olaf Olaffsen. ¿Qué clase de preguntas? Pues, por ejemplo, cuál de las dos era más alta, o más gruesa, o cómo caminaban…

Eran más de las seis de la mañana cuando Pepito Ayala se durmió…

Y le pareció que apenas había cerrado los ojos cuando fue zarandeado con fuerza. Se sentó en el sofá, refunfuñando cosas feas en español, para acabar preguntando:

—¿Qué hora es?

—Las once —dijo una voz de hombre—. ¿Quiere café?

—Bueno —masculló Pepito, consolándose al percibir ya el aroma de café bien hecho. Acabó de abrir los ojos, bostezó… y se quedó con la boca abierta de par en par, mirando a la mujer que, sentada en un sillón frente a él, le contemplaba amablemente. Su pasmo fue tal, que estuvo en tan incómodo gesto varios segundos. Por fin, pudo cerrar la boca, y miró al hombre que le había ofrecido café.

—¡La han encontrado! —exclamó—. ¡Han encontrado a la señora Olaffsen…! ¿Cómo lo han conseguido?

—Listos que somos —sonrió ceñudamente el agente de la CIA rubio, que parecía mandar más que los otros—. ¿Entiendo que identifica usted a la señora Olaffsen, es decir, a la mujer que en San Nataniel se hacía llamar Adela Maldonado?

—¡Toma, claro que la identifico! —gritó Pepito—. ¡Para eso tengo dos hermosos ojos en la cara!

—Le traeré café —rió Simón-Corpus, esto es, Peter Wells.

—Tráigale también algo sólido para comer a Pepito —dijo Adela Maldonado.

Ayala, que estaba encendiendo el primer cigarrillo del día, se quedó de nuevo con la boca abierta, lo que tuvo como consecuencia natural

que el cigarrillo le cayese al suelo, ya encendido. Adela Maldonado se inclinó, lo recogió, lo puso entre los labios de Pepito, y subió el maxilar inferior de éste con simpático gesto, de modo que el cigarrillo quedó apresado.

—Me ha identificado porque ya conoce mi voz —dijo Adela Maldonado—. Pero si no hubiese hablado, usted habría seguido creyendo que era la señora Olaffsen, ¿verdad?

—Se… señorita Mo… Montfort… ¿Es usted?

—Claro, Pepito.

—Pero… pero no… no es posible…

—Que sí, hombre. Por dentro soy la señorita Montfort, pero por fuera, como está viendo, soy la señora Olaffsen. Respecto a ésta, no hemos podido encontrarla. ¿Y sabe por qué?

—Pu… pues porque… porque está muerta. Elvira Castro la asesinó, ¿no es así?

—Previendo esa posibilidad, mis compañeros están buscando a las dos, a ver cuál está viva. Pero hay dificultades. Resulta que cuando anoche, la mujer que habló por teléfono con Lionel Masters, se fue de la villa de Mathis a instalarse en un hotel, era ya el turno de noche de los conserjes, ¿me comprende?

—No.

—Cuando la mujer que habló con Masters fue a un hotel, el conserje que estaba de turno era el de noche. Ese hombre, en estos momentos, está durmiendo, posiblemente. Donde sea, pero desde luego no está en el hotel donde se alojó la mujer amiga de Masters. Por lo tanto, el conserje de día no ha podido identificar a nadie, por medio de las fotos que le habían enseñado. Si tenemos en cuenta que esa mujer debe estar utilizando un nombre que no es el de Adela Maldonado, ni el de Elvira Castro, ni el de X Owy, sino un nombre falso cualquiera, la localización exacta parece que no va a ser posible hasta que vuelvan a entrar en turno de trabajo los conserjes de noche de los hoteles de Corpus Christi… ¿Lo entiende ahora?

—Sí… Sí, creo que sí. Pero no sé quién es X Owy…

—Es la mujer que estamos buscando. No sé su nombre, pero sí su apellido: Owy. Tiene que ser hermana de Ulrico Owy. Claro qué puedo equivocarme, Pepito, pero no lo creo. El dibujante ha estado de acuerdo conmigo, y ya sabe usted que los dibujantes tienen una vista y un poder analítico formidables.

—¿En qué ha estado de acuerdo con usted?

—En que la señora Olaffsen es hermana de Ulrico Owy. Por lo tanto, no es la pobre

Elvira Castro la traidora, sino la propia señora Olaffsen. Fue la señora Olaffsen quien avisó a su hermano Ulrico, sobre el trabajo que

estaba realizando su marido, el científico Olaf Olaffsen, y quien le avisó de que Olaffsen venía con el LGL a Estados Unidos, y cuándo, cómo y por dónde llegaría. De este modo. Ulrico y sus hombres se adelantaron a la cita que Olaffsen tenía en un hotel de Corpus Christi, con los enviados del Pentágono, le mataron en el mismo aeropuerto, y se llevaron el LGL. Todo esto, gracias a la señora Olaffsen, es decir, a X Owy.

—Pero entonces… ¿qué ha sido de Elvira Castro, la criada?

—Esa pobrecita sí que ha sido asesinada, Pepito.

—¿Por X Owy? ¿Y es X Owy, entonces, la que está aquí, en Estados Unidos? ¿Con un nombre que no es Adela Maldonado, ni Elvira Castro, ni X Owy?

—Exactamente.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Porque la señora Olaffsen es bizca.

—¡Qué dice! —respingó Pepito Ayala—, ¡Claro que no es bizca!

—Lo es. Vea con atención esta fotografía. Es una de las que usted mismo trajo desde San Nataniel.

Pepito Ayala tomó la fotografía, la estuvo mirando con toda su atención durante casi un minuto, y movió negativamente la cabeza.

—Yo no la veo bizca —masculló.

—Hombre, no es una bizca de esas que parece que lleven cabalgando los ojos sobre la nariz. Simplemente, tiene una ligerísima… actitud estrábica. Por supuesto, antes debía tener un estrabismo mucho más acentuado, pero se sometió a una operación. Aquí, ya mira normalmente. Casi normalmente. Pero a los estrábicos, casi siempre les queda una ligerísima desviación, apenas nada. Es algo que no se ve, si se mira intentando descubrir ese estrabismo, es… el primer golpe de vista con que uno los mira. Eso me pasó a roí con la señora Olaffsen, en cuanto vi su fotografía. Y lo mismo le pasó al dibujante de la CIA.

—¿Y no pueden ustedes equivocarse?

—Claro que sí. Pero yo diría que no me equivoco.

—Está bien… Ahora, dígame qué hace usted con la cara de la señora Olaffsen… y sin bizquear.

—Hemos encontrado el LGL —es decir, aclaró cuando Pepito la miró vivamente—, hemos encontrado el lugar donde está instalado el aparato, presumo que a punto de disparo. Por fortuna, entiendo que los planes de Ulrico son dispararlo a determinada hora de la noche. He llegado a la conclusión de que entre las siete y media y las nueve.

—¿Cómo puede usted saber tantas cosas?

—Masters habló de que ya había pasado la hora del disparo, lo que significa que era demasiado tarde, anoche. Debía ser más temprano, para disparar ese rayo. Temprano, pero no de día. Según creo, quieren hacerlo a una hora nocturna, pero en la que no haya nadie durmiendo, a

fin de que todos los que estén visualmente al alcance de la explosión, puedan verla… destacando en la noche. Va a ser más brillante que mil soles.

Simón había dejado ya el café, y algo para comer, cerca de Pepito, pero éste ni siquiera volvió la cabeza. Tragó saliva, y pudo balbucear:

—¿Quiere decir que se producirá la explosión?

—A menos que X Owy, es decir, la señora Olaffsen, pueda impedirlo. Por fin, Pepito demostró que no era tonto del todo.

—¿Quiere decir que usted piensa ir a ese lugar donde está el rayo, engañando a los hombres que están allí, haciéndoles creer que es la hermana de Ulrico, o sea, la viuda de Olaffsen… para arrebatarles el aparato?

—Efectivamente. Pero creo que esperaremos a la noche. Mejor aunque sólo sea por unos segundos, consiga engañar al propio Ulrico.

—Dios bendito… ¡Se va a jugar usted la vida, señorita Montfort!

—Es evidente —sonrió la señora Olaffsen.

Pepito se pasó las manos por la cara, que notó extremadamente fría.

—¿Y cómo han localizado ese aparato? —musitó.

—Puse un emisor de señales en uno de los coches de esa gente, cuando nos encontramos en un cruce para hacer un canje. Gracias a ese emisor, localicé la villa de Ulrico Owy en Mathis, cerca del lago. Y hasta se lo dije a Ulrico, pero debe tener muy mala memoria, porque el emisor sigue dentro del coche, que ha sido de nuevo utilizado por sus hombres, para reunirse con él.

—¿Dónde están?

—En un pequeño chalé, construido en un promontorio, desde el que se divisa la localidad de Trinity Town, y, más allá, cierta granja experimental, del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Como es lógico, la búsqueda electrónica fue organizada alrededor de esa granja, en un radio máximo de veinte millas, que parece ser el alcance del LGL… El chalé en cuestión está a unas catorce millas. Desde él, se ve muy bien toda la localidad de Trinity Town, y, al fondo, la granja.

—Pero si está sólo a catorce millas de la granja, cuando se produzca la explosión, el chalé quedará también destruido…

—Quizá. Me inclino a creer, sin embargo, que Ulrico debe haber previsto esto, construyendo previamente un sótano forrado de plomo, por ejemplo.

—¡Maldito sea…! ¡Vamos allá ahora mismo, y hagámosle pedazos…!

—No. De ninguna manera, Pepito. No sé si realmente el LGL funcionaria, pero no estoy dispuesta a correr el riesgo de que Ulrico dispare ese rayo hacia la granja, ya que la explosión, desde luego, barrería del mapa no sólo la granja, sino Trinity Town.

—¡Ya pudieron instalar esa granja en otro sitio!, ¿no?

—Sí —dijo fríamente la señora Olaffsen—. Pero queda más disimulada, o al menos más convincentemente inofensiva cerca de una pacífica localidad como Trinity Town, que, a fin de cuentas, *sólo* tiene mil habitantes[3].

—Su tono es sarcástico, ¿verdad?

—Más o menos. Bueno, Pepito, coma. Ya es malo que puedan terminar con nosotros en cualquier momento, pero mientras tanto, no aceleremos la defunción, por no comer.

Pepito asintió, tomó la taza de café, y comenzó a beber. De pronto, miró vivamente a la señora Olaffsen.

—¿De verdad piensa ir a ese chalé simulando ser la señora Olaffsen?

—De verdad.

—¿Y si está usted equivocada en todas sus teorías?

—De algo se ha de morir, Pepito. Pero no adelantemos acontecimientos. Quizá suceda algo interesante antes de que oscurezca, y yo no tenga necesidad de ir allá, simulando ser X Owy.

Capítulo IX

—ES una mujer —dijo Wesley—. Pero Masters no viene con ella, señor Owy.

Ulrico Owy se acercó a la ventana, cojeando; llevaba la cabeza completamente vendada, excepto los ojos y la boca. La boca era como un tajo rojo, repulsivo; los oíos, dos carbones enloquecidos que, más que nunca, miraban a todos lados a la vez… o a ninguno.

Pero su expresión de furia enloquecida cambió bruscamente al divisar, entre las dos luces del final del día, a la mujer.

—Tranquilos todos: es mi hermana. ¡Quizá ella pueda explicarnos qué está pasando con Lionel! Deben haber pasado el día juntos, quizá tomando decisiones importantes…

¡Mi hermana puede solucionar cualquier problema!

—Pues sí que es inteligente —murmuro Wesley.

Ulrico rió por lo bajo… Por un instante, su ceño se había fruncido al ver caminar a su hermana, pero pronto se dio cuenta de que no es que caminase de modo diferente, sino que cojeaba. Cojeaba visiblemente, y llevaba la cabeza baja, como si le faltasen las fuerzas…

—Algo les ha ocurrido… ¡Salid dos de vosotros a ayudarla a caminar!

Parrish y Forrest se apresuraron a salir del chalé. Desde la ventana, Ulrico les vio llegar corriendo junto a su hermana y tomarla de los brazos. Ella alzó la cabeza un instante, y saludó con la mano hacia la ventana. Sí, señor, su hermana era tan lista, que incluso le había reconocido, pese a que llevaba la cabeza completamente vendada. ¡Maldita Brigitte Montfort…! No sólo le había metido una bala en la pierna, sino que, al reventar el muro de cristal, los pedazos habían salido disparados como balas, clavándose muchos de ellos en el rostro de Ulrico… ¡Ya volverían a encontrarse, si es que Masters no había terminado con ella! Porque, era evidente, algo había ocurrido. Así tenía que comprenderlo Ulrico al notar la ausencia de Masters y la cojera de su hermana…

Distribuidos por el salón del chalé, Sargen, Loebruck, Wesley, Lomax, Hughes y Lamper, que con Parrish y Forrest formaban la totalidad del comando asesino, miraban a Ulrico con cierta preocupación. Justificada, por cierto: un hombre que se alegraba tanto porque llegaba una mujer, y

decía tan claramente que ella sí que podía solucionar cualquier problema, no era mucho de fiar. Como jefe no les hacía, en aquel momento, ninguna gracia…

—En realidad, es mi hermana —dijo de pronto Ulrico, como siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Pero siempre nos entendimos muy bien, y nos queremos mucho.

Nadie contestó. Ulrico dejó de mirar por la ventana, y fue a la puerta del salón. Ya se oían dentro de la casa los pasos de Forrest, Parrish y la mujer, que enseguida aparecieron ante Ulrico. Este abrió los brazos, con exagerado gesto de afecto.

—¡Federika, hermana, ven a mis…! ¡Tú no eres Federika!

Forrest y Parrish no tuvieron tiempo a reaccionar, tras su sorpresa. Forrest recibió un codazo bajo la oreja derecha, que lo tiró de espaldas sin sentido, y al mismo tiempo, la mujer asía el brazo izquierdo de Parrish, y lo hacía girar para darle frente a ella, de modo que la mano del brazo que había golpeado a Forrest, se hundía, acto seguido, como un cuchillo, bajo la barbilla del criminal, que lanzó un gemido ronco y cayó de espaldas también, pero con menos fortuna que su compañero, pues cuando llegó al suelo, él ya estaba muerto.

Ni siquiera había pasado un segundo, y ya Ulrico Owy vio ante sus bizcos ojos la pequeña pistolita, apuntando al centro de su frente.

—No se mueva, Ulrico —susurró la falsa Federika, fijos en él sus ojos oscuros—. Y ordene a sus hombres que tampoco se muevan. Vuélvase de espaldas, muy despacio.

¡Obedezca!

—¿Cómo nos ha encontrado? —jadeó Ulrico.

—Es usted un cretino… lo que me hace comprender que la persona que dirige esto no es usted. ¿Es su hermana?

—Pero… ¿cómo ha podido usted…?

—¡Oh, no quiero perder más tiempo con usted! ¡Vuélvase de espaldas a mí, pronto!

Ulrico obedeció. Federika le asió por la ropa del cuello con la mano izquierda, y lo empujó, hasta llegar junto al LGL, que ya estaba montado. Nadie se movía; parecía, incluso, que nadie respiraba.

—Si alguno de ustedes se mueve, lo primero que haré será volarle la cabeza a Ulrico — advirtió Federika—. Pero, además, sepan que hay una docena de hombres ahí fuera, esperando mis órdenes. Y voy a demostrarles que no miento… ¿Ven este paquete de cigarrillos que saco del escote? Pues es una radio… ¿Simón?

—Diga, Baby —sonó con toda claridad la voz del agente de la CIA en el paquete de cigarrillos.

—Por el momento, tengo controlada la situación. Vengan todos… pero sin descuidarse. Voy a tener la radio abierta, por si ocurre algo que

no pueda controlar. Tengan cuidado.

—Lo mismo le digo.

No hubo problemas. Pocos segundos después, el chalé era ocupado por la CIA, en toda su extensión. Los hombres de Ulrico fueron atados de pies y manos, y éste mismo corrió la misma suerte, mientras Federika, Simón-Corpus, y el bigotudo Pepito examinaban aquella especie de ametralladora, modelo antiguo, que estaba junto a una ventana, en cuyo alféizar interior se veían unos potentes prismáticos. Federika los tomó, y miró a lo lejos… La granja experimental quedó en los binoculares con toda nitidez. Tras estremecerse, Brigitte tendió los prismáticos a Simón, quien, acto seguido, los tendió a Pepito Ayala.

Cuando éste quiso entregárselos de nuevo a Federika, ésta se hallaba sentada en un sillón, inclinada con gesto de fatiga hacia delante, los codos en las rodillas, la cara en las palmas de las manos. Pepito fue allá, y se sentó a su lado.

—Está muy cansada, ¿verdad?

Federika se irguió, lo miró, y encogió los hombros.

—¿Qué hacemos con el LGL? —preguntó Simón.

—A lo mejor, ni siquiera funciona —sugirió Ayala.

—Yo creo que deberíamos… —empezó Simón.

Federika le hizo un enérgico gesto, pidiéndole silencio, y se quedó inmóvil, con la cabeza ladeada, los párpados entornados. De pronto, preguntó:

—¿Estamos esperando un helicóptero con más compañeros?

—No. ¿Por qué?

—Porque se está acercando un helicóptero. Simón-Corpus puso cara de escuchar.

—Yo no oigo nada.

—Pues yo si… ¡Pronto, salgamos de aquí!

—¿Qué…?

—¡Salgamos! ¡Pronto, todos afuera!

—Pero Owy y sus homb…

—¡Salgamos *nosotros*! —gritó Federika Owy, corriendo hacia la puerta—. ¡Ya veremos luego lo que conviene! ¡Corran!

Pepito Ayala era el que más trotaba, bigote al viento, codo a codo con Federika, pese a que todavía no oía helicóptero alguno. Sin embargo, lo vio en cuanto salieron de la casa, y lo oyó. Era como una mancha brillante que se iba acercando, como un destello gigante reflejando las luces del anochecer…

—¡Aléjense de la casa! —gritó Federika.

Ella corría ya hacia el coche en el que había llegado. Se metió dentro, y, mientras se alejaba de la casa, Ayala la vio reaparecer

enseguida, sosteniendo aquel gracioso maletín rojo con florecillas azules… En aquel momento cayó la primera carga explosiva, precisamente muy cerca del coche del cual había recogido su maletín Federika Owy… Pepito vio tambalearse a ésta, envuelta en polvo, y se detuvo en seco.

—¡Señorita Montfort…!

Pero la señorita Montfort, tras tambalearse, corría alejándose del coche… Algunos agentes de la CIA convergían hacia ella, muy pálidos, mientras otros sacaban sus pistolas y apuntaban al helicóptero… Entonces cayó la segunda carga explosiva, sobre la casa, que reventó, lanzando tejas y cristales alrededor, con una fuerza tremenda. Inmediatamente, cayó la segunda carga en la casa, produciendo más destrozos, más fuego, más polvo… Sentada en el suelo, a unos ochenta metros de la mansión, Federika Owy había abierto su maletín, y sacaba de él el trípode de aluminio, que comenzó a montar, enroscando unas piezas con otras, a toda prisa…

—Dame sólo diez segundos más, y vas a ver, asesina…

Desde allí, veía a una mujer a los mandos del helicóptero. Una mujer que sólo podía ser la verdadera Federika Owy… que soltaba todavía otra carga sobre la casa, mientras los agentes de la CÍA disparaban en vano contra el reluciente helicóptero, y Baby seguía montando el tubo-fusil, con prisa frenética. Lo consiguió cuando el helicóptero comenzaba a volar hacia ella, pero ganando altura… Introdujo por el tubo una cápsula incendiaria, apuntó brevemente al helicóptero, y apretó el disparador… Un instante más tarde, por encima del helicóptero, y más lejos, estallaba la pequeña pero terrible cápsula incendiaria, formando una bola de fuego azul, que iluminó todo el contorno, en no menos de media milla. Inmediatamente, el helicóptero, que volaba hacia Baby, cambió su rumbo, se desvió a toda prisa, mientras se elevaba todavía más…

—Te ha entrado miedo, ¿eh? —masculló la espía—. ¡Pues vas a ver, asesina…!

Introdujo otra Cápsula, apuntó… y ni siquiera se molestó en disparar, porque el helicóptero estaba ya fuera del alcance del pequeño tubo-fusil. Por un instante, estuvo tentada de disparar, de todos modos, pero se impuso su sentido común. Si no servía de nada, ¿por qué disparar?

Simón-Corpus fue el primero en llegar junto a ella, sentándose a su lado.

—¿Está bien? —jadeó—. ¡La primera bomba…!

—Estoy bien, Simón. Sólo me zarandeó la onda expansiva, no se preocupe.

Ayala y varios agentes de la CIA llegaron también, apresuradamente,

pero Baby ya estaba en pie, y atajando con gestos sus apenas iniciadas preguntas.

—Vean si ha quedado algún superviviente en la casa. Yo estoy bien.

—Era una mujer —dijo Ayala—, ¡La he visto!

—Me parece que todos la hemos visto, Pepito. Incluso sabemos quién era. ¿Usted no?

—No. Bueno… ¿La hermana de Ulrico Owy?

—Que por cierto, se llama Federika.

—Pero… ¿quieres decir que ella ha venido aquí con esas bombas o cargas explosivas… para matar a su propio hermano? ¡Eso no es posible!

Brigitte Montfort, alias *Baby*, alias Federika Owy, miró, sorprendida, al hombrecillo, pero no dijo nada. Sin embargo, poco después, su silenciosa actitud evidenciaba sentido, cuando Simón llegó diciendo que no había un solo superviviente en la casa, que todos habían quedado convertidos en papilla.

—Es horrible —jadeó el espía—. Hay… trozos de cuerpos por todas partes… Y desde luego, el aparato del LGL ha quedado también convertido en chatarra. Es sólo un montón de hierros, que no servirán ni para muestra.

—¿Quiere decir que ha quedado completamente destrozado, que no servirá ni siquiera para ser tomado como modelo?

—Imposible. Ya le digo que sólo es chatarra retorcida.

—Bueno —exclamó alegremente Pepito—, ¡eso quiere decir que, al menos, ha quedado destruida un arma terrible!

—Sí —musitó Baby Montfort—. Lo cual no deja de ser asombroso, Pepito.

—¿Asombroso? ¿Por qué? No comprendo…

—Parece que usted no se fija mucho en la cosas, Pepito. Olaf Olaffsen tenía más de cincuenta años, ¿no es así? En cambio, Federika Owy, después de ser operada y superar su ligero estrabismo, que prácticamente nadie notaba, era una hermosa mujer, de unos treinta años… Vaya sumando.

—Sumando… ¿qué?

—Todos los factores. Joven hermosa se casa con tipejo de escaso, por no decir ningún atractivo, y que además dedica su vida a estudios energéticos, lo que, sin duda, no le convierte en el amante fogoso y perfecto. Sin embargo, Federika Owy se convierte en señora Olaffsen, y acepta permanecer con el tipejo empollón durante dos años digamos que encerrada en una cabaña, en las afueras de la capital de San Nataniel… ¿Y todo para venir ahora a matar a su hermano, y destruir la obra del hombre al que ha estado soportando? ¿La señora Olaffsen se queda sin nada, finalmente? ¿Se queda sin lo que, estoy segura, fue su objetivo desde el principio, esto es, el LGL? ¡Vamos, Pepito, vamos…!

—¿Quiere decir que ella… tiene otro LGL?

—Por supuesto.

—Pero entonces… ¡Hay que encontrarla, y quitárselo!

—Magnífica idea —aceptó Baby—. Pero dígame, Pepito: ¿cómo se las arreglaría usted para encontrar a Federika Owy, que ya ni siquiera debe estar en el hotel que escogió anoche, y que está utilizando un nombre que no es ninguno de los conocidos, y que dispone de un helicóptero, y de dinero, y que es inteligente, audaz…? ¿Cómo se las arreglaría para encontrarla?

—Dios mío —gimió Pepito Ayala—, ¡Estamos perdidos!

Capítulo X

TRES días más tarde, la señorita Myrna Potters se instalaba en uno de los más lujosos hoteles de Waikiki Beach, en Honolulu, Islas Hawai, en una espléndida *suite* de gran salón, dos habitaciones con baño cada una, y una formidable terraza que, por supuesto, daba a Waikiki, y que estaba llena de plantas y flores. Después de despedir al botones con una buena propina, la señorita Potters se sentó en una de las blancas butacas de mimbre de la terraza, con el sobre que había recogido en conserjería, entre los dedos.

Había sido sencillísimo. Desde Corpus Christi, y en cuanto comprendió que las cosas se habían puesto mal, tomó aquella decisión de enviarse el sobre a si misma al Foster Tower Hotel de Honolulu, a nombre de Myrna Potters. Y había comprendido que algo iba mal cuando, por la mañana, Lionel Masters no la llamó al Dalton Hotel, de Corpus Christi, donde ella le dijo que iba a alojarse. Esto, más el hecho de que nadie contestase al teléfono en la villa de Mathis, pusieron muy alerta a Federika Owy, que, tras enviarse el sobre a Honolulu, fue al punto de emergencia, con todas las precauciones.

Tampoco allí estaba Lionel, ni Ulrico, el asqueroso hermanastro, que estaba utilizando como cabeza visible de la organización que pretendía poner en marcha… y con la que llegaría a alcanzar el máximo poder del mundo. Y todo, gracias a Olaf, el imbécil de Olaf, que se había pasado dos años trabajando hasta conseguir el LGL. Pero algo estaba ocurriendo, de modo que Federika Owy, o Myrna Potters, decidió cortar por lo sano: ya que se había enviado a sí misma los planos del LGL a Honolulu, tenía que destruir el prototipo del aparato construido por Olaf. Tenía que destruirlo todo, y cuanto antes… De este modo, eliminaba los riesgos que significan Ulrico y sus hombres, y ella, con los planos del LGL, podía empezar, en cualquier parte, de nuevo. En Honolulu, por ejemplo.

Pero… realmente… ¿por qué precipitarse? Lionel le había hablado de la famosa periodista Brigitte Montfort. ¿Ella tenía algo que ver con todo aquello? Había sido la última en ver a Lionel, al parecer. ¿Le había dicho Lionel lo suficiente para que ella pudiese localizar a Ulrico y al LGL? Provista de unos prismáticos, Federika Owy se apostó en un promontorio, parecido al que estaba el chalé donde se había instalado el punto de disparo, al que llegó, ya con el helicóptero, por la mañana.

Desde allí, finalmente, vio llegar un coche al chalé, y descender de ese coche a una mujer… que le hizo comprender la jugada. Entonces, sólo tuvo que esperar a que esa mujer, y luego todos sus amigos, estuviesen dentro del chalé para ir a descargar los paquetes de explosivos, a fin de matarlos a todos… ¡a todos!

Algo había pasado, sin embargo. Como si hubiese adivinado su presencia, la mujer que se parecía a ella y que, por supuesto, era Brigitte Montfort, había salido corriendo del chalé, y también varios hombres. Así que Federika, finalmente, descargó los explosivos como pudo, pero asegurándose de que la casa quedaba destrozada, y dentro de ella el LGL, y escapó… tras intentar matar a Brigitte Montfort, pero llevándose el gran susto de su vida, cuando apareció en el cielo aquella llamarada azul…

—No importa —susurró Federika Owy, mientras abría el sobre que se había enviado, a nombre de Myrna Potters—. No importa, Montfort. Espera a que me organice un poco, y vas a enterarte de quién soy yo.

Del sobre, sacó los planos. Los estuvo mirando, a pleno sol, en aquella estupenda terraza, en aquel día magnífico, en uno de los lugares más hermosos del mundo: Waikiki Beach… Dentro de poco, se reorganizaría. Contrataría nuevo personal, empezaría de nuevo… Construiría otro LGL, y entonces el mundo se iba a enterar, sí. Sólo había una cosa que pasaba continuamente, como una nube de mal agüero, por la mente de Federika Owy: ¿por qué Brigitte Montfort se había caracterizado como ella para ir al punto de disparo, al chalé? ¿Cómo había relacionado a Ulrico con ella, si ella, en San Nataniel, y en otros sitios, había utilizado el nombre de Adela Maldonado, o el de Myrna Potters?

¿Cómo y por qué había relacionado Brigitte Montfort a Ulrico con la viuda de Olaf Olaffsen… que además, todos debían creer que estaba muerta, asesinada por la criada, Elvira Castro… la cual, pobrecilla, sí que descansaba para siempre, en un lugar donde jamás seria encontrada…?

—Bueno, no importa —dijo en voz alta, queriendo ahuyentar aquella sombra negra—: tengo los planos, y eso es lo único que me interesa.

—También a mí me interesan —dijo una voz, —a la derecha de Myrna Potters.

Esta dio un fortísimo respingo, y se puso en pie, mirando hacia la separación de su terraza con la vecina de la derecha. Y allá, de pie, con una flor de hibisco en la mano, vio a Brigitte Montfort, la famosa periodista norteamericana.

Myrna Potters, o Federika Owy, estaba lívida y paralizada. Parecía como si todas sus funciones Vitales se hubiesen detenido. Al otro lado del pequeño y simpático muro de separación, cubierto de flores, Brigitte Montfort, espléndida, bellísima, con un modelito encantador, clavaba en

ella sus azules ojos, que parecían en aquel momento dos trozos de acero frío, mientras tendía la otra mano hacia Federika.

—Los planos del LGL, por favor.

—No… ¡No! —gritó Federika—. ¡No!

—No sea estúpida. Lo mismo me da que me los entregue, que recogerlos de su cadáver. Y a fin de cuentas, ni siquiera importa que se manchen de sangre, ya que lo que pienso hacer con ellos es destruirlos.

—¡No! ¡Son míos!

No serán ni de usted ni de nadie, dentro de muy poco, pues los voy a quemar, Federika.

—Son míos… ¡Son míos!

—Usted ya no tiene nada en la vida. Ni siquiera la vida, porque ha sido condenada a muerte.

—¿Por quién?

—Por mí. ¿Qué esperaba? Es una asesina despiadada. Ni siquiera vaciló en matar a su hermano, con tal de…

—¡Era sólo mi hermanastro!

—Oh… Bien, yo tenía entendido que, en el mando, todos somos hermanos. Cuando, además, se es hermano de padre o de madre, más. Y más aún, cuando se es hermano de padre y madre. Pero, a fin de cuentas, todos hermanos. Y usted, además de planear el asesinato de Olaf Olaffsen, de asesinar a Elvira Castro, de asesinar a su hermanastro y a ocho hombres más, había condenado a muerte a mil personas más… ¿O ni siquiera pensó en nuestros hermanos que viven en Trinity Town? ¿No pensó, tampoco, en los hombres que están trabajando en la granja cercana a Trinity Town? ¿No pensó en nada de eso?

Dígame, Federika: ¿en qué pensó usted?

—Póngase de mi lado —jadeó Federica Owy—, y lo sabrá… ¡La convertiré en la mujer más poderosa de la tierra!

—Santo cielo —exclamó Brigitte Montfort… ¡pero si ya soy la mujer más poderosa de la tierra, Federika! Lo soy en el sentido real, en el sentido que usted da a la frase, ya que tengo a mi disposición armamento y ejércitos de varios países, cuyos gobernantes, a una palabra mía, se pondrían ellos mismos a mis pies. ¿Dinero? Tengo tanto dinero, que lo estoy regalando a manos llenas, a personas que lo necesitan. Pero, sobre todo, Federika, tengo amigos, verdaderos amigos, que harían cualquier cosa por mí. Incluso morir. ¡Y eso sí que es ser poderosa! Y por otra parte, ¿qué me importa a mí el poder, si no sirve de nada a mi mente, a mi espíritu, a mi propia Luz Interior? Ya tengo poder, Federika. Tengo todo el que necesito… y todo esto, sin cargar con mil muertes sobre mi conciencia. Cierto que he matado a muchas personas, pero esas muertes no me pesan, no me entristecen, porque sé que esas muertes eran beneficiosas para otras vidas. Pero, Federika,

dime: ¿cómo habrías sentido tú esas mil muertes en tu conciencia?

—Seríamos tan poderosas… —comenzó a lloriquear Federika.

—Ya veo que ni siquiera me escuchas, sólo piensas en ti, en tus proyectos. Ni siquiera mil muertes te impresionan. Y eso es porque las mil muertes serían de momento. Luego seguirían más, muchas más. Quizá dentro de un tiempo utilizases el LGL contra un silo, cuya explosión alcanzase una localidad donde viviesen doscientas mil personas. O un millón. O diez millones. ¿Verdad, Federika? Lo de las mil muertes en tu conciencia sería… sólo el principio. No sé si estás loca, o la ambición ha desbordado en ti todo sentimiento humano. ¿Tienes sentimientos humanos, Federika?

Federika Owy parpadeó, como despertando de un sueño, de una pesadilla. Dejó de mirar a Brigitte Montfort para mirar hacia, el mar, hacia el cielo, hacia la tierra, hacia las flores… La vida era tan hermosa, tan fragante, tan maravillosa… Y con poder, aún sería mucho más hermosa y maravillosa. Ella podría dominar el mar, la tierra y hasta el cielo, si aquella maldita mujer de los ojos azules no estuviese allí, si Brigitte Montfort no existiese…

La volvió a mirar, y dijo, con siseo de serpiente:

—Te odio… ¡Te odio con toda mi alma!

—Gracias, Federika —dijo Baby, sacando su pistolita del escote.

—Te odio tanto… ¡Te odio tanto que jam…! Plop.

—Gracias por odiarme, Federika —repitió Brigitte, mirando el cadáver tendido al otro lado del muro, lleno de hermosas flores.

ESTE ES EL FINAL

—¿Y quemó usted los planos? —exclamó Cirilo Baena—. ¿De verdad?

—Su presidente les informará de que eso es muy propio de mí —asintió la bellísima espía—. Los quemé naturalmente. En fin, señores, ya no tienen nada que nacer ustedes aquí, de modo que pueden regresar a San Nataniel cuando quieran. Bien entendido que, mientras permanezcan en Nueva York, son mis invitados.

Cirilo Baena y Pepito Ayala se miraron, se guiñaron los ojos el uno al otro, y Ayala dijo:

—Yo me quedo en Nueva York para siempre.

—Pues, Pepito —sonrió Brigitte, la divina—, yo tengo palabra de reina, de modo que, si se queda, será mi invitado toda la vida.

—Ha sido una broma —enrojeció Ayala—. Nos quedaríamos con mucho gusto, pero tenemos que volver. De todos modos, gracias.

—¿Y qué le dirá a usted la CIA, por haber quemado los planos del LGL? —Se inquietó Baena.

—Pueden decir lo que quieran, poique como soy sorda…

—¡Qué ha de ser sorda! —saltó Ayala—. ¡Si no tuviese el oído tan fino, no habría oído a tiempo la llegada del helicóptero, y ahora usted y yo estaríamos muertos!

—Era una broma —sonrió la radiante estrella del espionaje mundial —. Frankie: ¿Qué estás pensando?

Frank Minello, tendido en uno de los sillones del salón del apartamento de Brigitte, alzó las cejas para mirar a su adorada.

—Debo ser tonto porque, por más que pienso, aún no comprendo cómo pudiste encontrar a Federika Owy.

—Me lo dijo un pajarito.

—Ah, bueno, así ya comprendo. ¿Te pongo más champaña?

—Sí, querido, gracias. Y también a nuestros amigos de San Nataniel… ¿Qué les pasa?

¿Están asombrados por algo?

Tras mirarse de nuevo, Baena y Ayala miraron a Minello, y de nuevo a Brigitte.

—No es posible que él se haya creído que fue un pajarito quien le dijo a usted que Federika Owy estaba en Honolulu…

—¿Por qué no es posible? —gruñó Minello—, ¡Claro que es posible, pequeñajos!

—Pero, señor Minello…

—¡Pero señor narices! —tronó Frankie— ¡a Brigitte le hablan los pájaros, las flores y los ángeles, si es preciso! ¿Se enteran ustedes, sucedáneos de hombre?

—No tienes que molestar a nuestros invitados, Frankie —le reprendió Brigitte—, Además, lo del pajarito era otra broma. Te diré cómo la encontré. Verás, en cuanto entraron de servicio los conserjes del turno de noche de los hoteles de Corpus Christi volvimos a hacer una ronda con las fotografías, preguntando por Federika Owy. Por fin, de madrugada, en un hotel… el Dalton Hotel, el conserje la reconoció, y nos dijo que se había inscrito con el nombre de Myrna Potters. Pero ya se había marchado del hotel. Entonces, fuimos a ver al conserje de día a su domicilio, y le preguntamos si sabía adónde había ido la señorita Potters, ya que allí, en el hotel, no había dejado su nueva dirección. El hombre dijo que no. Yo le rogué que pensase… ¿Había ella llamado por teléfono a alguien, había recibido algún recado, había mencionado, en algún momento, algo revelador…? ¿Y qué dirás que dijo el conserje de día?

—¿Qué dijo? ¿Qué, qué, qué…?

—Dijo que lo único que recordaba de la señorita Potters, y eso porque le pareció extraño, fue que ella le había entregado una carta para poner en el correo, dirigida a ella misma, pero en Honolulu, así que me fui a Honolulu…

—¿Ya sabías el hotel de ella?

—No. Sólo sabía que iría a Honolulu. Había algo que Federika no parecía tener en cuenta: su estrabismo, su ligerísimo estrabismo. Eso, y las fotos que distribuí entre mis compañeros de Honolulu, que se fueron turnando en el aeropuerto de allá, lo solucionaron todo. Estaba yo aquella mañana tomando el sol, tan tranquila, en Waikiki, cuando, de pronto, suena mi radio, atiendo la llamada, y uno de mis chicos me dice: Baby, la bizca acaba de llegar, y ha dado al taxista la dirección del Foster Tower Hotel… ¿De qué te ríes?

—La bizca —hipo Minello, sujetándose el estómago con ambas manos—. ¡Qué gracia tuvo ese chico tuvo…! ¡La bizca…! ¡Ay… qué risa!

Primero Baena, Ayala e incluso Brigitte, se miraron desconcertados, porque no les parecía que la cosa tuviese tanta gracia. Pero segundos después, los cuatro reían hasta el punto de que sus ojos se llenaron de lágrimas. Y tenían derecho a reír, porque ninguno de ellos tenía mil muertes sobre su conciencia.

FIN

Baby...

¿es amor?

SI
Pero también es acción, es dureza, es inteligencia.

BRIGITTE «BABY» MONTFORT
a pesar de la despiadada lucha que sostiene contra las fuerzas del Mal que corrompen nuestro desquiciado mundo es, en el fondo, una dulce muchacha que prefiere una rosa a un cohete nuclear.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN SU SERIE ARCHIVO SECRETO
ofrece a sus lectores las aventuras de esta famosísima agente conocida popularmente como la espía «BABY».

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

NOTAS

1 País imaginario, evidentemente.

2 Véase la novela titulada *Medidas de seguridad.*

3 Trinity Town no existe como tal localidad próxima a uno de los silos atómicos de Estados Unidos. Una vez más, resulta evidente que el autor inventa nombres para disfrazar las realidades.